

TONO

GOÑI

LEVIATHAN

CUANDO YO ME LLAMABA HARRY

(NOVELA AMERICANA)

N.º 14

Este libro está compuesto por historias sueltas. Provocan la risa al lector por lo disparatadas e ilógicas. Predominan las historias relacionadas con el trabajo, el amor y el cine.

Tono

Cuando yo me llamaba Harry

(Novela americana)

La novela del sábado - 14

ePub r1.0

Titivillus 11.08.2023

Título original: *Título*
Tono, 1953
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCION GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4

M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envienos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Direccion General de Seguros



EXCURSION
A LAS
CAPITALES NORDICAS

En ferrocarril, autocar y barco (Vía Hendaya-París)

SALIDA DE MADRID

DURACION DEL VIAJE: 23 DIAS

VISITANDO:

PARIS, COPENHAGUE, GOTHEMBOURG, OSLO, KARLSTAD, FALUN, STOCKHOLM, JONKOPING, HELSINGBORG, PARIS

SALIDAS DE MADRID: Los días 19 y 26 de junio. Los días 3, 8, 10, 15, 17, 22 y 24 de julio. y 1, 5, 7 y 14 de agosto.

ORGANIZADO POR

WAGONS - LITS // COOK

(A. V. G. A. T., NUM. 5)

PARA INFORMES E INSCRIPCIONES EN MADRID: Alcalá, 23 - Calvo Sotelo, 14 y Palace Hotel, o en cualquiera de nuestras Agencias en España.

CADA NOVELA LE TRANSPORTA A
UN MUNDO NUEVO

NOSOTROS LE TRANSPORTAREMOS
A TODO EL MUNDO

VIAJES MARSANS, S. A.

DIRECCIONES DE NUESTRAS OFICINAS:

BARCELONA: Rambla de Canaletas, 2 y 4. Teléfono 21 30 97.

BARCELONA: Paseo de Gracia, 13. Teléfono 22 46 24.

BILBAO: Gran Vía, 3. Teléfono 15085.

JEREZ DE LA FRONTERA: J. A. Primo de Rivera, 30. Teléfono 16 66.

LAS PALMAS: León y Castillo, 14.

LISBOA: Rua Augusta, 152. Teléfono 20216.

MADRID: Carrera de San Jerónimo, 34. Teléfono 31 18 00.

PALMA DE MALLORCA: Avenida del Generalísimo, 26. Teléfono 16 33.

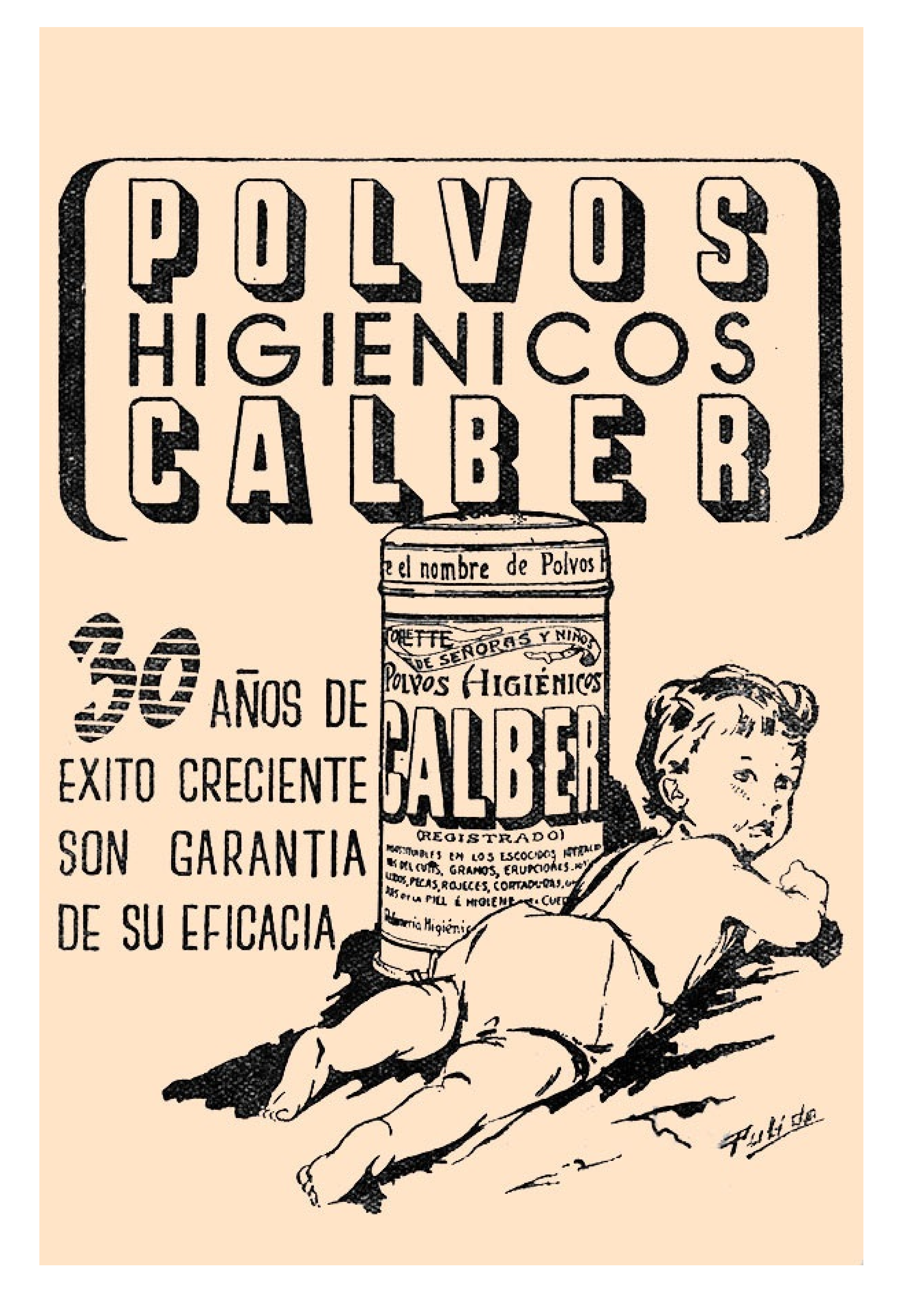
SAN SEBASTIAN: Peñaflorida, 5. Tel. 15895.

SANTA CRUZ DE TENERIFE: Méndez Núñez, 13. Teléfono 22 40.

SEVILLA: Avenida Queipo de Llano, 12. Teléfono 27882.

VALENCIA: Plaza del Caudillo, 15. Tel. 15913.

ZARAGOZA: Paseo de la Independencia, 18. Teléfono 27009.



POLVOS
HIGIENICOS
CALBER
e el nombre de Polvos
DE SEÑORAS Y NIÑOS
POLVOS HIGIÉNICOS
CALBER
(REGISTRADO)
GRANOS, ERUPCIONES
PECAS, ROJECES
30 AÑOS DE
EXITO CRECIENTE
SON GARANTIA
DE SU EFICACIA
Pulido

UN CONCURSO DE NOVELAS CORTAS

«LA NOVELA DEL SABADO»

abre un Concurso entre los escritores españoles e hispanoamericanos de lengua castellana, patrocinado por el Instituto de Cultura Hispánica, para premiar una novela corta con arreglo a las siguientes

BASES

PRIMERA. — La novela será absoluta y rigurosamente inédita y de una extensión que oscilará entre las ochenta y cinco y las noventa y dos cuartillas corrientes, mecanografiadas y a doble espacio, cuya equivalencia en folios o en holandesas es de un máximun de 1.700 lineas del ancho normal en el papel de esas dimensiones. Será rechazada toda novela cuyas dimensiones no se acomoden a los limites señalados.

SEGUNDA.—De la novela se remitirán a «La NOVELA DEL SABADO»—calle de Valverde, 30, Madrid—tres ejemplares sin firma, acompañados de una plica con el nombre del autor y su domicilio.

TERCERA.—Se concederá un Premio de Honor dotado con VEINTE MIL PESETAS al que resulte autor de la novela elegida.

CUARTA.—El original premiado quedará de la propiedad de «LA NOVELA DEL SABADO», durante el espacio de un año siguiente al de la fecha de su publicación.

QUINTA. — «LA NOVELA DEL SABADO» ofrecerá a sus autores la adquisición de aquellos originales que considere merecedores de ser publicados.

SEXTA. — Sobre el concurso no se admitirá correspondencia alguna y será devuelto a su autor todo original recomendado.

SEPTIMA.—El plazo de admisión de originales se cerrará el día 15 de septiembre, a las dos de la tarde.

OCTAVA.—Un Jurado designado al efecto, cuya composición se hará pública en su momento oportuno, emitirá su fallo a la brevedad posible.

PROXIMO NUMERO

Piropo.—Rafael López de Haro.

NUMEROS PUBLICADOS

1. **Luisa, el profesor y yo.**—José María Pemán.
2. **Trayecto uno.**—Elena Quiroga. (Premio Nadal.)
3. **La canción del recuerdo.**—César González-Ruano.
4. **Los 38 asesinatos y medio del Castillo de Hull.**—Enrique Jardiel Poncela. (Número homenaje.)
5. **Los amores de Antonio y Cristina.**—Pío Baroja.
6. **Café de Artistas.**—Camilo José Cela.
7. **Un noviazgo.**—Carmen Laforet. (Premio Nadal.)
8. **La gota de sangre.**—Emilia Pardo Bazán.
9. **La casa sin hombre.**—Felipe Sassone.
10. **El loco.**—Miguel Delibes. (Premio Nadal.)
11. **La pequeña vida.**—Ana María Matute.
12. **Nómada.**—Gabriel Miró.
13. **Ha pasado una sombra.**—Luis Romero.

Tarifa de suscripción a "La novela del Sábado":

A 12 números	....	68 pesetas.
A 25 "	....	138 "
A 52 "	....	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Editorial Tecnos., Valverde, 30, Madrid. Teléfono 22 20 37, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

TONO

CUANDO YO ME LLAMABA HARRY

(NOVELA AMERICANA)



AÑO I

NUM. 14

CAPÍTULO I

QUIÉN SOY YO

Aunque me esté mal el decirlo, me llamo Harry Hammersley. En realidad esto no es un mérito, pues antes que yo, mucha gente se ha llamado así. Mi padre se llamaba Harry Hammersley, y también mi abuela se llamaba Harry Hammersley. Casi toda mi familia se ha llamado Harry Hammersley, menos mi madre, que se llamaba Dorothy Firestone.

Mi infancia fué una infancia como muchas infancias. Primero nací; después dije «maid», que significa «chacha» en inglés, y me puse a crecer, que es una costumbre que solemos tener los ingleses.

A los pocos días de hacerme un hombre, murieron mis padres. No recuerdo si primero murió uno y luego otro, o primero el otro y luego uno. El caso es que me quedé solo como un farol y sin más fortuna que una libra con cincuenta chelines.

Corría por entonces el año 1894, y corría de tal manera que la gente se apartaba para no ser atropellada por él, mientras yo paseaba mi esbelta figura por Picadilly Square, porque, ya es hora de decirlo, yo era esbelto. Si alguno de mis lectores ha sido alguna vez esbelto sabrá lo que esto significa. Yo era esbelto, pero no un esbelto como muchos esbeltos, sino un esbelto de aúpa.

¿Qué hacer en tales circunstancias? Intenté diferentes oficios y decidí dedicarme al comercio. Gracias a una recomendación de Mr. Morrison, un gran amigo de mi padre, entré como empleado en la casa «Frank Griswold and Company».

Mi vida transcurrió plácidamente durante unos meses, pero al empezar mis relaciones con Ethel Wilson, empleada de una de las sucursales de la Casa, me di cuenta del peligro de embrutecimiento a que estaba expuesto. Ocurrió esto al recibir la siguiente carta:

CAPÍTULO II

LA CARTA

Londres, 5 de diciembre de 1894.

Vida mía y de mi mayor consideración:

Recibo tu grata fecha 10 del próximo pasado y paso a decirte que siento una viva satisfacción en poner en tu conocimiento lo mucho que te quiero, pichoncito mío. Sabes que reconozco tu justo valor y puedes tener la seguridad de que mi amor hacia ti es una ocasión favorable que ha de redundar en seguros beneficios para los dos. Sé positivamente, después de varios años de experiencia en la plaza, que sin tu amor no sería lo que soy, ni podría llevar adelante la acreditada entidad «Frank Griswold and Company», «Trilladoras y Similares».

Espero que, dada tu solvencia, al recibir ésta, fecha 12 del corriente, Mr. Morrison esté al corriente de salud, como también el Consejo de Administración de P. E. S. A. (Productos Elaborados, Sociedad Anónima), con quien, según tuviste a bien comunicarme a su debido tiempo, sales tanto por las tardes.

Te adoro, pichoncito mío, y me duele que en la última partida de fibra manufacturada que me enviaste, hubiera un lote podrido. No vuelvas a hacer eso con tu gordita.

Me alegra saber que piensas en mí y aprovecho para recordarte, corazoncito, que no dejes de preparar el balance fin de año de «Hierros Galvanizados Retorcidos». Creo que esto te servirá de entretenimiento, chatillo mío.

También quiero poner en tu conocimiento que, al recibo de ésta, recuerdes mi ardiente deseo de que nuestro matrimonio sea un hecho, pues no puedes figurarte las ganas que experimento de tener un par de sucursales bien provistas de existencias en géneros de punto, ya que no creo desconozcas la gran demanda que hay en el mercado de este producto y la dificultad que existe para servirlo sin mezcla de algodón.

Algunas veces creo que tu amor por mí empieza a debilitarse y que en tu tanto por ciento de cariño he perdido algunos enteros, pero luego pienso que soy tonta y que no debo desconfiar de un cariño como el tuyo, avalado por largos años de experiencia y por el crédito del ramo a que perteneces.

¿Verdad que no tengo motivos para pensar estas cosas? Dime que no, ratoncito querido. Escríbeme mucho, y para tranquilizarme mándame el

estado de cuenta de las «Minas de Potasa Cáustica», pues quiero saber cuánto me quieres y a cuanto ascienden los dividendos repartidos en el último ejercicio. Si no fuera por todas estas cosas, la vida no sería vida.

¡Adiós!, Cuchifritín. Cuéntame todo lo que haces y si es verdad que piensas a todas horas en tu P. E. S. A. (Productos Elaborados, Sociedad Anónima). Y no olvides que te idolatro y que sólo deseo tu felicidad y la de «Nitratos de Chapultepec».

Espero con impaciencia tu apreciable respuesta y aprovecho la ocasión para quedar tuya querida servidora que t. m. b.

Ethel Wilson.

Esta carta me hizo comprender que mi camino no estaba en el comercio y busqué una nueva profesión. Fué entonces cuando decidí dedicarme al cine. El cine era el trabajo adecuado para un joven esbelto como yo, pero había un pequeño inconveniente: el cine no estaba inventado todavía.

CAPÍTULO III

EL INVENTO DEL CINE

Toda la Prensa mundial se había lanzado a una campaña abogando por la necesidad de inventar este invento, pues el público cinematográfico, sin saber qué hacer ni dónde ir, se paseaba por las calles llenando las ciudades de cáscaras de naranja y de papeles de caramelos. Miles y miles de aficionados, en Francia, acudían diariamente a la mansión de los sabios hermanos Lumière para pedirles por favor que inventaran eso.

—¡Inventen ustedes eso, inventen ustedes eso! —exclamaba el público, loco de impaciencia.

—Pero ¿no comprenden ustedes que ahora nos tenemos que afeitar? —respondían los hermanos Lumière, dándose jabón en las caras.

Pero el público, que necesitaba ver cómo Clark Gable daba un puñetazo a Robert Montgomery, y ver cómo Marlene Dietrich levantaba las cejas despreciando a sus adoradores, y ver cómo Fred Astaire se subía encima de las sillas y encima de los aparadores, reclamaba con impaciencia el ansiado invento.

Los sabios profesores se excusaban pretextando que aunque ellos inventaran el cinematógrafo, no era esto, con ser mucho, suficiente para solucionar este complejo problema, ya que también habría que inventar a Rodolfo Valentino, a Greta Garbo y a Mikey Rooney, cosa que no estaba al alcance de su ciencia. Alguien aseguró que Greta Garbo ya estaba inventada, pero que como todavía no se hacían películas, la pobre se llamaba Enriqueta Ramírez y vivía en Suecia, dedicada a vender bacalao y sardinas secas, en espera de que llegara este ansiado momento.

—¡Eso es falso! —gritó un experto en la materia—. Greta Garbo ya es Greta Garbo, y está en Hollywood, sentada en la puerta de la Metro-Goldwyn-Mayer, esperando con el león a que estos señores inventen lo que van a inventar.

Los hermanos Lumière procuraban tranquilizar al público impaciente, pero el público no se dejaba convencer fácilmente e insistía con una tenacidad de energúmeno, que para sí quisieran los energúmenos. Los que más empeño ponían en la empresa eran las parejas de novios y los vendedores de patatas fritas y bocadillos. Gran número de éstos decidieron visitar a Mélies, a Edison y a otros inventores.

Uno de los espectadores más tenaces acudió con esta pretensión al célebre inventor señor Gillette, y como quiera que el visitante disfrutaba de una luenga y poblada barba, el sabio inventor inventó la máquina de afeitar y el jabón.

Otro de los Inventores que más sufrían las embestidas del público cinematográfico fué Edison, que, aconsejado por su esposa y decidido a acabar con los inoportunos; acabó inventando el fonógrafo. El sabio inventor colocaba uno de esos ingeniosos aparatos en el recibimiento de su casa, y en cuanto se presentaba algún osado entrometido hacía sonar aquel artefacto, produciendo la huida inmediata del intruso.

El público siguió arrastrando su deseo por las calles de las ciudades como pesada cadena de suplicio No faltó quien propusiera inventar el fútbol o el «béisbol», pero las parejas de novios se opusieron rotundamente, porque ellos preferían el cine, que era más oscuro.

Por fin el día 28 de diciembre de 1895 (fecha memorable), los hermanos Augusto y Luis Lumière inventaron el cinematógrafo.

Todo París, loco de entusiasmo, pretendió presenciar el nuevo invento; pero, desgraciadamente, a estos ilustres inventores se les había olvidado inventar la taquilla, y el público no pudo tomar las localidades necesarias para presenciar el grandioso espectáculo.

Afortunadamente, años más tarde, el sabio profesor de la Universidad de la Sorbona, monsieur Taquille, inventó la taquilla, que consistía, como ya todo el mundo conoce, en un agujero, detrás del cual se coloca una señorita que se llama Matilde. Y este invento salvó a la humanidad por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO IV

MI PRIMER AMOR

En el momento de este invento, yo me encontraba en París dedicado a bailar el tango argentino. París era entonces una ciudad maravillosa. Todos los franceses usaban perilla y una cintita colorada en el ojal de la solapa, como los pares de calcetines nuevos. Esta cintita, según supe después, significaba la Legión de Honor, y la tenían todos los franceses menos uno, que era el encargado de repartirlas, por aquello de «En casa del herrero, cintita de palo».

Yo me desenvolvía bastante bien con el baile. Estaba contratado como «danceur mondain» en «La Vache enrangée», un cabaret situado en la Place Constantin-Pecqueur. Allí conocí a Odette. Estaba sentada ante una mesa y sorbía una menta verde como sus ojos, si hubieran sido verdes. Me acerqué a ella y la invité a bailar con esta hermosa frase:

—¿Quiere usted bailar?

Odette me miró dudando y me preguntó:

—¿Es a mí?

—Sí, a usted —le respondí, señalándola con el dedo índice.

Odette se levantó y, cuando la hube enlazado por la cintura, empezamos a dar vueltas.

—¿Le gusta el baile? —pregunté, al cabo de algún rato.

—Me encanta —dijo Odette. Y continuó—: Me encanta porque el baile nos transporta a países de ensueño, ¿no le parece?…

—Lleva usted razón y lleva usted una mancha en el traje —dije yo, señalando la mancha con el mismo dedo índice que había empleado para señalarla a ella anteriormente. Y añadí—: Creo que tenemos los mismos gustos.

—¿Cuántos gustos tiene usted?

—Ocho. ¿Y usted?

—Yo no tengo más que siete.

Las parejas, al compás de la música, iban de aquí para allá dibujando con los pies figuras caprichosas. Ésta dibujaba un señor con bigote; aquella dibujaba un caballo al galope…

También nosotros empezamos a dibujar con los pies figuras caprichosas como las otras parejas.

—Dibuja usted muy bien con los pies —dijo Odette con una sonrisa encantadora—. ¿Por qué no dibuja usted un toro?

Me apresuré a complacerla, dibujando un toro con sus cuernos, su rabo y su bigote. Odette se puso contentísima, y exclamó:

—¡Estupendo!… Ahora dibuje una gallina… Ahora un tren… Ahora un señor de Normandía…

La música seguía emitiendo sus notas armoniosas mientras las parejas seguían dibujando y dibujando.

—¿Es usted casado? —preguntó Odette, de pronto.

—Yo no. ¿Y usted?

—Yo no puedo ser casado porque soy mujer.

—Eso no es una razón —aclaré—. Yo tampoco soy casado y no por eso soy mujer.

Hubo una pausa que aproveché para dibujar un conejo…

—¿Quiere usted que salgamos un rato al jardín? —dije yo, por decir algo.

—No tengo inconveniente —respondió mi pareja—, pero esta casa no tiene jardín.

—Entonces, si le parece, podemos ir al jardín de enfrente.

—Tampoco veo inconveniente, pero esta casa no tiene enfrente.

No desmayé, y seguí proponiendo:

—Por lo menos, podríamos salir a la terraza…

—Tampoco hay terraza en esta casa.

Perdí un poco la paciencia:

—Entonces, ¿qué canastos tiene esta casa?…

—Lo único que tiene esta casa es despensa. Si usted quiere…

Atravesamos varios pasillos y la cocina y llegamos a la despensa. No había nadie… Nos sentamos sobre un cajón de botellas vacías. De un clavo pendía un hermoso jamón…

—Ya que no tenemos luna, podemos mirar al jamón —dije, romántico.

—Me parece muy bien —exclamó ella—. Sobre todo que no hay gran diferencia entre un jamón y una luna.

—Además, que cuando se mira a la luna nunca se mira a la luna.

¿Cuánto rato seguimos hablando?… No sabría decirlo. El caso es que, mientras la música seguía desgranando sus alegres acordes, el amor iba tejiendo su red entre nuestros corazones románticos… Habíamos nacido el uno para el otro y el otro para el uno. Desde entonces nos amamos.

CAPÍTULO V

POR QUE MATÉ A ODETTE

¿Que por qué la maté luego?…

El motivo por el que maté a Odette es posible que no sea comprendido por la mayoría de mis lectores. El mundo está tan acostumbrado a que los hombres maten a las mujeres por causas tan conocidas que, difícilmente, podrá comprender el motivo de mi asesinato… Maté a Odette porque apretaba el tubo de la pasta de dientes por la parte de en medio. Yo le había dicho mil veces que el tubo debe apretarse por abajo: «Que aprietes por abajo», «Que así no dura la pasta»… y que si quieres arroz, Catalina.

Resistí varios tubos, pero mi carácter se iba ensombreciendo. Cuando entraba en el cuarto de baño, después de haber entrado ella, mi vista se nublaba y a duras penas llegaba a reconocerme en el espejo.

Un día encontré que no encontré el tapón del tubo que, seguramente, había dejado caer por el desagüe del lavabo. Esto acabó mi paciencia, y loco de furor la maté, apretándole el cuello como si fuera la pasta de dientes, pero, claro, por la parte de arriba.

Comprendo que eso de matar a una mujer no está bien del todo, pero tampoco es motivo para meterle a uno en la cárcel como si fuera un ladrón. El juez no debía pensar así, y me condenó a cadena perpetua. Yo no sabía lo que era «cadena perpetua», pero tenía entendido que se salía pronto.

CAPÍTULO VI

LA CARCEL

Al entrar en la cárcel me entregaron un traje con rayas horizontales. Yo intenté convencer al director de que me sentarían mejor las rayas verticales, pues las rayas horizontales siempre hacen más gordo, pero el director, que era un hombre retrógrado, se negó a acceder a mi deseo y me obligó a ponerme aquel antiestético traje.

Pronto hice amistad con uno de los presos. Era el número 18 475, pero los íntimos le llamábamos «18», que es más cariñoso. «18» era un chico muy simpático, que se encontraba allí por haber matado a su padre sin motivo justificado. Le habían condenado a dos penas de muerte, pero cada vez que Iban a ajusticiarlo él pretextaba un dolor de cabeza o un poco de gripe, y había que suspender la ejecución. La última vez, cuando ya estaba a punto de cumplirse la sentencia, exclamó:

—Vais a cometer una injusticia; yo estoy condenado a dos penas de muerte. Por lo tanto, si me matáis, solamente se cumple media sentencia. No podéis matarme hasta que no inventéis la manera de matarme dos veces de una sola vez.

Los jueces comprendieron que «18» tenía razón y lo dejaron por imposible.

La vida en la cárcel no es tan desagradable como la gente cree. Lo más molesto es eso de estar siempre detrás de una reja como si fuera uno una mocita sevillana. Pero yo descubrí un procedimiento muy consolador: cada vez que venía alguien de visita, miraba al visitante como si fuera él el preso, ya que desde mi punto de vista, era él y no yo el que estaba detrás de la reja, y entonces pensaba: «¡Pobre hombre!»…

Pasé muchos años en la cárcel. No sabría decir cuántos, pero como no los conté, los di por no vividos y empecé a contar desde el día de la salida. Era el año 1931, y tenía, por lo tanto, treinta y tres años.

Al salir de la cárcel volvió a planteárseme el problema de mi profesión, y, decididamente, opté por dedicarme al cine. Era el momento del «sonoro» y en Hollywood contrataban a nuevos actores. Conseguí un pequeño contrato y embarqué en el «Leviathan».

CAPÍTULO VII

¡OH, EL MAR!…

¡Oh, el mar, el mar…!

¡Cuántas cosas se han dicho sobre este bello elemento y cuántas cosas se seguirán diciendo mientras el mundo sea mundo y el mar sea mar!

Se ha dicho del mar que es profundo, proceloso, bravio, inmenso, insondable, enfurecido, vasto, tempestuoso, inclemente, iracundo, hondo, encrespado, abismal y tantas y tantas cosas… pero yo debo lanzar a los cuatro vientos una verdad que nadie osará rebatirme: el mar es azul.

Sí, amigos míos; no hay más remedio que reconocer que el mar es azul, como reconocemos que la nieve es blanca, que el aire es incoloro y que el trigo es verde limón.

Hace tiempo quería decir esta verdad que me quemaba los labios y martilleaba en mis sienes: el mar es azul. Hay que rendirse a la evidencia, pero ¿por qué es azul?… He aquí un misterio que nunca se ha podido aclarar.

Ni los más eminentes científicos, ni los más eruditos filósofos, ni los más peritos agrónomos han podido descifrar este enigma que corroe nuestra sabiduría, que es la vuestra.

Repitámoslo sin sonrojo: el mar es azul.

Pues bien, queridos amigos, yo voy a descubrir esta incógnita: el mar es azul porque cualquier otro color le haría parecer otra cosa. Si el mar fuera colorado, parecería un pimiento; si fuese marrón, parecería un puro; si fuera negro, parecería un señor de luto, y si fuese blanco, parecería un huevo duro. Por lo tanto, y teniendo en cuenta todas estas cosas y otras muchas, el mar solamente podía ser azul. La Naturaleza, que sabe por donde se anda, le ha dado el color justo.

Algunas veces el mar, embravecido, balancea una débil corbeta de velas henchidas por el batiente torbellino, y va a chocar, en brusco embate, contra algún escollo que rompe su curvilínea y tenue quilla. Entonces, queridos amigos, el mar deja de ser azul para adquirir un color grisáceo tirando a ala de mosca; pero pasada la tempestad, renace la calma y, entonces, el mar vuelve a adquirir su azul primitivo y celestial.

La misión del mar, queridos lectores, es esperar que llegue el verano para que las gentes de todas partes vayan a él y metan sus cuerpos dentro de su agua. Si no existiera el mar, las gentes no sabrían en dónde meter sus cuerpos durante la canícula y tendrían que meterlos en los cines, en los «music-hall» y en casa de doña Carlota.

Acaso ustedes se pregunten, «¿a qué llamará este señor un cuerpo?». Pues bien, amigos míos: un cuerpo es eso que tenemos todos los mortales y que

solemos usar para ponerlo encima de las sillas, de las butacas o de las plataformas de los tranvías. Si no dispusiéramos de un cuerpo, no podríamos sentamos nunca y nos veríamos obligados a pasar la vida de pie como los acomodadores. Pero, afortunadamente, por ahora tenemos un cuerpo y tenemos un mar azul y podemos meter en ese mar nuestro hermoso cuerpo hermoso.

Pues bien; desde la borda del «Leviathan» contemplaba yo la inmensidad del océano, cuando se acercó Mr. Jackson.

—¡Hallo!

—¡Hallo!

—¿Qué le parece a usted el mar? —preguntó Mr. Jackson, dispuesto a entablar amistad conmigo.

—Me parece bastante bien —respondí amablemente.

—Yo conocí al inventor.

—¿A qué inventor? —pregunté, sin comprender.

—Al inventor del Atlántico —respondió mi reciente amigo—. Puede que le parezca extraño, pero es así.

Y empezó su historia:

CAPÍTULO VIII

EL INVENTOR DEL OCÉANO ATLÁNTICO

—Se ha hablado con bastante frecuencia de la electricidad, del inventor del teléfono y hasta del inventor del abrelatas —dijo Mr. Jackson—, pero ignoramos por qué oscuro motivo al inventor del mar se le tiene completamente olvidado… Yo, que soy justo, aunque me esté mal el decirlo, voy a hablarle de aquél olvidado inventor.

»Fué don Atlántico García, modesto empleado de Hacienda, nacido en Pontevedra, hombre inteligente y tenaz, el cual, en aquella lejana época en que los mares eran todavía desconocidos, decidió hacer uno. No fué tarea fácil, no señor. Primero tuvo que buscar un local adecuado, para lo cual, con el producto de sus ahorros y el de la venta de una casita que heredó de sus mayores, adquirió un pequeño terreno en los alrededores de Santander.

—Va a construir un cine —decían unos.

—Va a hacer un frontón —opinaban otros.

Don Atlántico, sin importarle un pimiento lo que opinaba la gente, llenó su terreno de agua y se lo enseñó a un alcalde amigo suyo.

—Sí, no está mal… —dijo el alcalde—. Pero ¿y la sal?

—¡Es verdad! —exclamó don Atlántico.

Y comprando toda la sal que encontró en la tienda de ultramarinos, la echó en su naciente mar.

—Sí, no está mal… —volvió a decir el alcalde amigo suyo, después que hubo probado aquél océano con una cuchara de madera—, pero ¿y los peces?

Don Atlántico dióse un fuerte golpe en la frente con la mano derecha y gritó:

—¡Caramba, pues es verdad! Hay que echar peces en el mar, porque si no va a parecer un lavabo.

Desgraciadamente, el pobre don Atlántico había empleado todos sus ahorros en lo que llevaba hecho y no le quedaban más que algunas pesetas, con las cuales adquirió dos kilos de sardinas y las echó en el agua.

—Sí, no está mal… —dijo nuevamente su amigo el alcalde—. Pero un mar, para que esté bien, necesita toda clase de peces.

El pobre hombre echóse a llorar como un descosido… ¿Cómo encontrar capital para comprar los langostinos, las langostas y las lubinas, al precio que estaban por aquel entonces?

El pobre don Atlántico García solicitó un crédito en un Banco, pero como a los banqueros les tenía sin cuidado que el mar existiera o dejara de existir, le dijeron que, solamente, si abría en aquel banco una cuenta corriente de dos millones de pesetas, harían lo posible por ver la manera de prestarle treinta mil pesetas.

Don Atlántico dedicóse entonces a vender corbatas en sus ratos de ocio, y cuando hubo ahorrado algunas pesetillas las empleó en comprar mariscos.

—¿Son para sopa? —preguntaba a don Atlántico el pescadero.

—Son para un mar que estoy haciendo —respondía él con modestia.

Don Atlántico echó su compra en su flamante mar y llamó nuevamente a su amigo el alcalde.

—Sí, no está mal… Pero ¿y las olas? —preguntó el insaciable amigo.

El pobre inventor compró una peseta de espuma en la cervecería más cercana y contrató a un obrero para que removiera aquello.

—Ahora está mejor… —dijo aún el plomo del alcalde—. Pero ¿y las botas que luego han de pescar los pescadores?

Don Atlántico estuvo a punto de tirar el mar a la basura y poner un café, o una barbería o un campo de alcachofas para que su amigo el alcalde no le

diera más la lata, pero cuando ya se disponía a hacerlo y ya habían tirado los primeros cubos, recibió mi visita, y quedé gratamente sorprendido al ver el océano que estaba haciendo aquel hombre.

—¿Es esa su profesión? —pregunté.

—No, caballero —respondió él—. Yo no soy más que un modesto aficionado… Éste es el primer océano que hago. Es posible que tenga algunos defectillos, que no esté todo lo azul que hace falta… Además, tenga usted en cuenta que hago este trabajo fuera de las horas de oficina…

—Pues en América nos está haciendo mucha falta un océano de estos para poder venir a Europa en barco y no en bicicleta, que es como hasta ahora estamos viniendo —dije yo—. Si usted quiere podemos asociarnos y fundar la «Europe American Air Line Corporation».

—No sé lo que quiere decir eso, pero me parece muy bien que la fundemos.

Entonces, entre don Atlántico y yo fundamos esa Compañía tan bonita e hicimos el Océano Atlántico, que como usted habrá notado, todavía conserva el nombre de su ilustre inventor.

Cuando ya concluido, fué a verlo el alcalde amigo del inventor, exclamó:

—Sí, no está mal… Pero ¿y las Azores?

Don Atlántico no pudo más, y cogiendo un remo amigo suyo, dióle con él en la cabezota a su amigo el alcalde, el cual dejó en aquel instante de ser su amigo el alcalde para convertirse en el difunto alcalde…

—Me encanta su historia —dije a Mr. Jackson—, y, si no le importa, otro día me la puede contar otra vez.

—Tendré mucho gusto —dijo Mr. Jackson, ofreciéndome un cigarrillo.

Y los dos echamos a andar hacia el comedor.

CAPÍTULO IX

LOS VIAJEROS DEL «LEVIATHAN»

El comedor del «Leviathan» era inmenso. Más que el comedor de un barco parecía el comedor de dos barcos. En aquella época era el vapor de los grandes millonarios, y en la lista de a bordo podían leerse los nombres de Morgan, Vanderbilt, Pierpont, Sawyer y otros por el estilo.

Mi amigo Mr. Jackson me explicó que en Nueva York hay tantos millonarios que la gente ya no les hace caso.

Yo pregunté a Mr. Jackson si era muy difícil ser millonario, pues yo no tenía predilección por ningún oficio, y muy bien podía dedicarme a millonario al llegar a Nueva York, pero Mr. Jackson, me dijo:

—Ser millonario no es cosa fácil, pues hay que reunir ciertas condiciones. Una de ellas la de ser millonario…

»En Norteamérica, que es el sitio en donde más millonarios hay, existen academias para aprender a ser millonario. En ellas, mediante el pago de unos dólares, le enseñan a uno a ser millonario y hasta hay también clases gratuitas para millonarios pobres.

Lo terrible del millonario es que tiene que pasarse el día siendo millonario y cuidando de sus millones.

—¿Dónde has puesto los millones? —suele preguntar el millonario a su esposa, en cuanto se levanta por la mañana.

—No sé —responde ésta—. Me parece que se quedaron anoche encima de la mesa del comedor.

—¿Encima de la mesa del comedor?… ¿No comprendes que luego se raya la mesa del comedor y hay que comprar otra?… ¡Qué mujeres éstas!… Sólo sabéis ocuparos de vuestros trapos.

El millonario recoge entonces sus millones y, llamando a su criada, ordena:

—Mery, vaya usted al mercado de valores y a ver lo que me trae hoy que esté fresco.

—Le traeré General Motors o American Power.

—No me traiga usted American Power. ¿Se ha creído que siempre vamos a tomar lo mismo?

—Cómo se ve que el señorito no va nunca al mercado. Ayer no había más que unas pocas General Electric y casi todas eran hueso.

—¡¡Pues traiga usted Ferrocarriles de San Francisco!!

—¿Ferrocarriles de San Francisco?… Los Ferrocarriles de San Francisco están por las nubes y apenas si entran tres en medio kilo. Además, siempre están llenos de humo… Lo único que en realidad está más barato son los taxis cab., pero no hay manera de coger uno.

—¡Qué escándalo! —exclama el hombre—. ¡Estoy cansado ya de ser millonario! Si tuviera un poco de dinero para poder vivir, dejaría de serlo.

La mujer del millonario, que casi siempre encuentra una solución para todo, sugiere:

—¿Por qué no buscas un empleo?

—¿Un empleo? ¿Tú te has creído que los empleos están detrás de la puerta?…

—Detrás de la puerta no sé, porque no acostumbro a mirar detrás de las puertas, pero a lo mejor hay alguno detrás de la puerta.

Y, entonces, la mujer del millonario mira detrás de la puerta y resulta que hay un empleo.

El millonario, verdaderamente, es un hombre desgraciado. Tiene todos los cajones de las cómodas llenos de millones y esto le crea grandes discusiones con su mujer, que no tiene sitio en donde meter sus jerseys.

—¡Qué ganas tengo de que te arruines para tener un cajón donde meter mis cosas! —dice su mujer, que es una egoísta y no piensa más que en comprarse zapatos con el dedo gordo fuera.

El millonario es un hombre tacaño por necesidad. Cualquiera de nosotros podemos dar un penique a un pobre, sin que esto represente más que un déficit de un penique. En cambio, el millonario que posee treinta y cinco millones de dólares no puede permitirse el lujo de dar un dólar, pues cuando un pobre de esos, que parecen tontos, se lo pide, el millonario se hace la siguiente reflexión: «Si doy un dólar a este pobre, mi capital, en vez de ser treinta y cinco millones de dólares, se convertirá, inmediatamente, en un capital de treinta y cuatro millones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve dólares, lo cual es una cifra muy difícil de administrar, a causa de la cantidad de nueves que la forman, y como todos sabemos que el nueve es el número más difícil de multiplicar, no puedo dar ese dólar… Cabría la solución de darle a este pobre hombre un millón, pero ¿qué iba a hacer un pobre con un millón?…».

—Lleva usted razón —dije a mi amigo Mr. Jackson—. Pone usted las cosas de una manera que, desde luego, desisto de ser millonario.

CAPÍTULO X

¡HOMBRE AL AGUA!…

El segundo día de viaje no amaneció con muy buena cara, y digo lo de «cara» por decir algo, porque demasiado sé que los días no tienen cara ni nada que se le parezca.

Poco a poco la cosa fué empeorando. Sobre el cielo gris, poblado de abigarradas nubes, como colchón vivo de la Naturaleza, se vislumbró de pronto un furioso y rápido relámpago, cuya proyección luminosa hendió el plomizo cielo como una arista enrojecida.

Los que no han viajado por mar no saben lo que es una tempestad. En la ciudad todo se reduce a meterse en un portal, pero en el mar no hay portales donde meterse. Ésa es una de las grandes equivocaciones del mar y habría que arreglarlo.

El mar, embravecido e imponente, rugía amenazador, agitando nuestra proa y azotando nuestra popa… El viento ululaba como ave siniestra y agorera, escalofriando nuestras médulas, y el rayo, como gigantesco «flash», nos retrataba a cada momento…

Esto ocurría en el «Leviathan» aquella mañana, cuando, de pronto, se oyó un grito que repiqueteó en nuestros corazones:

—¡¡Hombre al agua!!

Corrí hacia cubierta y me acerqué a la borda. Varias personas miraban con espanto a un hombre que se debatía entre las olas.

Un joven con aspecto de héroe gritó, dirigiéndose a todos nosotros:

—¿No hay nadie capaz de salvar a ese pobre hombre que se está ahogando?

—¡Nooo!… —respondimos casi todos.

—Pues bien; le salvaré yo mismo.

El joven se quitó la chaqueta y, entregándosela a un caballero de luto, le dijo:

—Tenga, y deme un recibo.

—¿Un recibo de qué? —preguntó el aludido, estupefacto.

—Un recibo de haber recibido mi chaqueta. Y le agradeceré sea rápido, porque ese pobre hombre se está ahogando.

—¡Socorro!… ¡Socorro!… —gritaba, mientras tanto, el pobre náufrago.

—¿No oye usted? ¡Dese prisa!

El señor de luto sacó un papel y una pluma y empezó a escribir:

—«He recibido de un joven con bigote una americana color…». Oiga, ¿de qué color es su americana?… ¿Gris?…

—No es gris completamente. Tiene un ligero tono amarillento —respondió el joven héroe.

—Un poco ala de mosca… ¿Pongo color ala de mosca?

—De ningún modo. Mi chaqueta no tiene nada de ala de mosca. Ponga usted gris aceituna.

—¿Gris aceituna? ¿Dónde ha visto usted aceitunas grises?

—¡Socorro!… ¡Auxilio!… —seguía gritando el pobre náufrago.

—Está bien. Ponga el color que quiera.

—Pondré gris indefinido.

—Indefinido, tampoco. Ponga el color que quiera, pero indefinido de ninguna manera.

—Pues pondré gris amarillento.

—Bueno, ponga gris amarillento.

El caballero siguió escribiendo:

—«He recibido de un joven con bigote una americana gris amarillento»… Tenga —dijo el señor de luto entregando el recibo.

—Está bien. Y ahora deme su dirección.

—¿Mi dirección?

—Sí, su dirección, por si tengo que ir a buscar mi chaqueta.

—No puedo darle mi dirección, caballero.

—¿Por qué? —preguntó el joven héroe mientras se quitaba la camisa.

—Porque hace un momento me la ha pedido otro señor y se la he dado.

—¡Qué contrariedad!

—¡Que me ahogo!… ¡Que me ahogo!… —gritó por última vez el pobre náufrago.

—¿Ve usted? —dijo nuestro héroe—. Ya se ha ahogado.

Horrorizado corrí al bar y pedí un «martini» seco. Mr. Jackson se sentó junto a mí.

—¡Mal tiempo tenemos!…

—Infernal —respondí—. Acabo de ver cómo se ahogaba un hombre.

—¿Y se ha ahogado mucho?

—Bastante…

La trepidación del barco daba la sensación de que un autobús pasaba cerca de nosotros. Empecé a leer un periódico que había sobre una de las mesitas del bar.

—¿Fuma usted? —preguntó de pronto mi acompañante.

—Sí, Muchas gracias —respondí tranquilamente.

—Me alegro.

Seguí leyendo mi periódico. A poco volvió a preguntarme Mr. Jackson:

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo fuma usted?

—No sé. Algunas veces.

—Está bien.

Y volvió a guardar silencio.

—Oiga, caballero —pregunté extrañado—. ¿Por qué me ha preguntado si fumaba?

—Por saberlo.

—No comprendo.

—Pues está bien claro. Yo quería saber si usted fumaba o no y se lo he preguntado. Creo que es la manera más lógica de saberlo.

—Verdaderamente. Pero yo creí que me iba usted a ofrecer un cigarrillo.

—¡Qué lógica más absurda! —exclamó Mr. Jackson—. Entonces, si le hubiera preguntado si era usted soltero, le hubiera tenido que traer una novia, o si le hubiera interrogado sobre su opinión de las gallinas, tendría la obligación de ofrecerle una… ¡Es usted un hombre extraño! ¿De dónde procede?

—Soy de Chesterfield.

—¡Claro, es usted de Chesterfield!

—¿Por qué dice «claro es usted de Chesterfield»?

—¿No acaba usted de decirme que es de Chesterfield? —Sí.

—Pues, entonces, claro que es usted de Chesterfield.

—Pero ¿por qué dice «claro»?

—¿Es usted o no es usted de Chesterfield?

—Ya le he dicho que sí.

—Pues, entonces, ¡claro!… ¿Sabe que me está pareciendo usted algo raro?…

—Sí, es posible…

—¡Claro!

Y Mr. Jackson se levantó y desapareció por la puerta del bar.

Me levanté y salí a cubierta. Apoyado en la borda estaba el profesor Mac Glum, de la Universidad de Filadelfia. El sabio profesor exclamó en el preciso momento de apoyarme yo en la barandilla:

—¡Qué maravilla!

—¿El qué? —preguntó su esposa, que estaba junto a él.

—El mar —respondió el docto sabio.

—Hijo, parece que es la primera vez que lo ves —exclamó su esposa.

—¡Quién sabe si es la primera vez! El hombre pasa por la vida de manera tan superficial, que aunque mira las cosas, la mayoría de las veces no las ve.

—Eso me pasa a mí con las horquillas, pero no me vas a decir que hasta ahora no habías visto el mar.

—Pues bien; te lo digo: hasta ahora.

—¿Te vas?

—Digo que hasta ahora no había visto el mar.

—A los hombres no hay quien os comprenda. Llevas sesenta años viajando en los mejores trasatlánticos y ahora me quieres convencer de que no has visto el mar hasta este momento.

El sabio profesor miró a su mujer, y dejando escapar un suspiro, y la colilla de su cigarro puro, dijo:

—Tú llevas casada conmigo ochenta años y todavía no has sabido verme.

—¿Qué no he sabido verte?

—Has sabido verme, pero no con el corazón.

—Ahora me vas a decir que tú estás viendo el mar con el corazón.

—Sí, Margaret, sí. Estoy viendo el mar como debe verse el mar. Tú has sabido ver mi forma, mi capa exterior, mi cara…

—¡No digas tonterías! Yo he visto tu capa, tu pijama, tu camiseta y, si me apuras mucho…

—¡Calla, calla! Me hace daño oírte. Las mujeres no véis más que el exterior de las cosas, pero el fondo…

—¿Quieres decir que tú estás viendo el fondo del mar?

No respondió el sabio ilustre. Seguramente pensaba en la grandeza de la naturaleza y en la pequeñez de los hombres y, lo que es peor, en la pequeñez de las mujeres y, lo que es mucho peor, en la pequeñez de los niños…, porque dijo de pronto:

—¡Somos tan pequeños!

Margaret miró a su marido y pareció empezar a preocuparse por su salud.

—Bueno, bueno. No te pongas así y vamos al bar a tomar una taza de caldo.

Él comentó tristemente:

—¿Ves cómo somos muy pequeños? Estoy habitando de la inmensidad del mar y tú me ofreces una taza de caldo.

—No te voy a ofrecer una taza de mar…, o un mar de caldo… Debes tener fiebre.

Él repitió como un sonámbulo:

—¡Fiebre! ¡Caldo! ¡Mar! ¡Ésa es la realidad de la vida que viene a despertarnos con su prosa!… ¡Fiebre! ¡Caldo! ¡Mar! ¡Cuánta prosa hay en esos nombres! Nuestra vida esta llena de eso: de sopa, de patatas, de pescado, de carne y de postre… ¡Ja, ja, ja, ja!…

La buena mujer pareció estremecerse. O su marido empezaba a estar loco o era tonto.

Abajo el mar seguía alejándose hasta tocar el horizonte como un energúmeno. La mujer cogió a su marido por un brazo y se fueron hacia el interior del trasatlántico. Durante el trayecto, el sabio profesor repetía: «Fiebre, caldo, mar»… De pronto miró fijamente a su mujer y dijo:

—¿Crees que habrá jamón en el bar?

Esta pregunta tan sencilla, tan inocente, tan pura, devolvió la tranquilidad a la esposa que, apretando con emoción el brazo de su marido, respondió llena de alegría:

—Sí; creo que tienen más jamón que Carracuca.

CAPÍTULO XI

AL DÍA SIGUIENTE

Al día siguiente me dirigí a la piscina dispuesto a darme un buen remojón. Allí estaba también la mujer de Mr. Mac Glum, que vino nadando hacia mí y preguntóme:

—¿Sabe usted hacer el muerto?

—Esta pregunta me cogió tan desprevenido que, por decir algo, dije:

—Estoy aprendiendo. Hasta ahora sólo sé hacer el enfermo grave.

—A ver: hágalo usted —dijo Mrs. Mac Glum.

—Me da mucha vergüenza —exclamé yo que me daba eso.

—No tenga vergüenza, amigo mío. Nadie nace sabiendo.

—¿Cómo sabe eso? ¿Acaso ha nacido usted alguna vez?

—Sí, señor: una.

—¡Así ya se puede vivir!

—¿Qué? ¿Va usted a hacer el enfermo? —volvió a insistir Mrs. Margaret.

—Lo haré, pero solamente una vez.

Y empecé a hacer eso que me pedía.

—Lo hace usted bastante mal —aseguró mi amiga—. Ahora voy a hacer yo la muerta, para que usted aprenda.

—¡Qué maravilla! —grité entusiasmado—. Dan ganas de darle el pésame a su marido.

Entonces entablamos una conversación frívola mientras hacíamos nuestros respectivos muertos.

—A mí el mar me gusta más que la montaña —me explicó ella.

—¿A qué montaña se refiere?

—A cualquier montaña. Todas las montañas son iguales.

—Es verdad. Las montañas no son más que unos bultos de la naturaleza…

—¿A qué naturaleza se refiere? —indagó.

—A una que conocí el verano pasado.

—Y a usted, ¿le gusta más el mar o la montaña?

—El mar —dije yo—. Me encanta pasearme por la orilla con mi sábana, mi jabón y mi estropajo.

—Es verdad. No hay nada como un buen estropajo.

—¿Quién inventaría el estropajo?

—Seguramente, un señor que se llamaba así. Las cosas tienen el nombre del señor que las ha inventado. Ahí tiene usted la «gillette».

—¿En dónde?

—Ahí, en la jabonera.

—Pues no me habría dado cuenta…

—Me hubiera gustado conocer al señor Estropajo. Seguramente sería rubio.

—¿Le gustan a usted los rubios?

—Me gustan, pero prefiero a los morenos —aclaró Mrs. Mac. Glum.

—¿Por qué dice usted eso?

—Digo eso, porque no sólo de pan vive el hombre.

—¿Qué hombre?

—Ese hombre que no vive solamente de pan.

—Pues, hija, cada vez la entiendo a usted menos.

—A lo mejor es que es usted tonto.

—Sí, sí, tonto… Métame usted un dedo en la boca…

CAPÍTULO XII

NUEVA YORK

No sé si alguien ha dicho ya que Nueva York es la ciudad de los rascacielos. Si alguien lo ha dicho, bien dicho está, porque Nueva York es

eso. También podría decir que Nueva York es como una gran colmena, pero no lo digo porque faltaría a la verdad, ya que las colmenas están llenas de abejas y en Nueva York no vi ni la más pequeña abeja en el tiempo que estuve. Aparte de esto, en Nueva York la colmena se llama «bee hive» o «apiary» y, por lo tanto, tendría que decir que Nueva York es como un gran «apiary», cosa que no iban ustedes a entender.

Yo siempre había oído decir que los americanos quemaban a los negros, pero puedo asegurar que en los cuatro o cinco días que duró mi estancia en Nueva York no vi quemar ni a uno solo. Alguien me dijo que, en realidad, no son sólo los americanos los que quieren quemar a los negros, pues los negros también están deseando quemar a los americanos. Lo que pasa es que como los negros son negros arden con más facilidad que los blancos y por eso se queman más.

Lo primero que hice al llegar a Nueva York fué llamar a un buen cicerone. Éste entró en mi habitación y me saludó Cortésmente:

—Muy buenas. Soy el cicerone que ha mandado usted llamar.

—¡Ah!, muy bien —dije yo—. ¿Cuánto tiempo se necesita para conocer la ciudad?

—Un par de semanas —respondió el cicerone amablemente.

—Lo siento, pero sólo dispongo de tres días.

—En ese caso tendremos que aprovechar el día de hoy.

—Es que el día de hoy lo necesito para descansar.

—Entonces, ¿cómo quiere usted conocer la ciudad? —arguyó el cicerone.

—No sé, pero para eso he pedido un cicerone. Si pudiera ir yo mismo, no le hubiera llamado.

—No comprendo lo que usted pretende —dijo el cicerone con cara de asombro.

—Es bien sencillo: cuando uno no puede afeitarse solo, llama al barbero; cuando uno no tiene tiempo de limpiarse los zapatos, llama al limpiabotas. Pues bien; cuando uno no dispone de tiempo para ver una ciudad, llama al cicerone.

—¿Y qué quiere usted que haga el cicerone?

—Pues ver la ciudad.

—¡Pero si yo ya la he visto!

—La ha visto usted por su propia cuenta, pero ahora quiero que la vea para mí.

—No le comprendo.

—Paréceme usted un poco torpe. ¿No es usted cicerone? ¿No tiene usted ojos en la cara?

El cicerone se tocó la cara para cerciorarse de que tenía ojos en la cara y exclamó:

—Sí, tengo ojos en la cara.

—Pues bien, señor mío, salga usted de aquí y vaya a ver Nueva York por mí.

—Pero ¿tendrá que pagarme los honorarios?

—¿Qué honorarios?

—Los cicerones tenemos que vivir.

—¿Es que yo le prohíbo a usted que viva?

—No, pero quiero decir que tendrá usted que pagarme.

—Pagarle, ¿por qué?

—Por ver Nueva York.

—¡Esto sí que es bueno! De manera que le proporciono a usted un día agradable viendo una hermosa ciudad y encima quiere usted que le dé dinero. Los americanos están ustedes muy metalizados… Salga usted de este cuarto.

—Pero…

—¡He dicho que salga usted de este cuarto! ¡Pues hasta ahí podíamos llegar!…

—¿Hasta dónde? —preguntó el cicerone que no comprendía nada.

—Hasta ahí —respondí enérgico, señalando con un dedo que tengo para eso la puerta de mi habitación.

CAPÍTULO XIII

AMOR AMERICANO

Al atardecer salí a dar una vuelta y me senté en un banco del Central Park. En otro, junto al mío, había sentada una bella muchacha de ojos azules y pelo rubio. Un elegante joven llegó hasta ella y exclamó:

—«Hallo!».

—«¡Hallo!»… —respondió la muchacha.

El joven se sentó junto a ella:

—«¡Hallo!»…

—«¡Hallo!»…

Los dos se miraron fijamente a los ojos. Él, a los de ella, y ella, a los de él. Todo cuanto les rodeaba no existía: ni el parque, ni los árboles, ni la luz, ni los «taxis», ni las bocas de riego, ni los contadores de gas, ni los tejidos impermeables… Eran como cuatro ojos que estuvieran sentados en un banco.

—¡«Hallo»!…

—«¡Hallo!»…

Hablaron de su amor. Él le dijo que la quería a ella, y ella le dijo que lo quería a él. Luego él insistió y le preguntó que si era verdad que ella lo quería a él, y ella quiso saber si él, verdaderamente, la quería a ella.

—«¡Hallo!»…

—«¡Hallo!»…

Siguieron largo rato preguntándose el uno al otro, y el otro al uno, si era verdad que se querían, mientras la tarde, cansada de tanto amor, se iba tiñendo con el color violeta del crepúsculo.

—«¡Hallo!»…

—«¡Hallo!»…

CAPÍTULO XIV

LA INDUSTRIA

Todo el mundo sabe que América es más industrial que nadie, y todo el mundo sabe también que la Industria es esa cosa tan grande, llena de ruedas y llena de chimeneas, que sirve para fabricar ropa. En verano, cuando se usa poco la ropa, la Industria se va a la playa para no aburrirse.

La Industria, como todos también sabemos, se compone de tres elementos: el patrono, que es el del bigote; las máquinas, que no tienen bigote, y las materias primas, que tampoco tienen bigote. Antiguamente, algunos patronos desaprensivos se dedicaban a explotar las máquinas de su industria. Por este motivo, las máquinas tenían una mecha colgando, con el fin de que el patrono pudiera prenderles fuego con una cerilla en cuanto quería explotarlas.

—Mañana, a las ocho, no dejen ustedes de venir, porque tengo que explotarlas mucho —decía el patrono a sus máquinas, que parecían tontas.

—¿No le daría a usted lo mismo explotarnos pasado mañana? —respondían las máquinas, que eran unas vagas.

Pero como donde hay patrón no manda marinero y, generalmente, en la Industria no hay ningún marinero, las máquinas iban a la fábrica al día siguiente, a la hora indicada, dispuestas a ser explotadas como unas leonas.

—Mr. Moos, que a ver si puede usted explotarnos pronto, porque tenemos que ir a ver el fútbol que está muy enfermo —decían las máquinas con mucha picardía.

—Siempre vienen ustedes con la misma excusa. Cuando no es el fútbol que está enfermo, es el boxeo, que se está muriendo, y yo, mientras tanto, con las materias primas muertas de risa —gritaba iracundo Mr, Moos.

Estas escenas suelen repetirse con frecuencia y la Industria se va quedando muy delgada y es necesario enviarla a Suiza.

CAPÍTULO XV

LA CARIDAD AMERICANA EMPIEZA POR ELLA MISMA

Como América es un país tan rico, carece de pobres, pero el alcalde de Nueva York importa todas las temporadas algún que otro pobre para responder a las demandas de las americanas caritativas.

La americana caritativa se pone su mantilla y su traje de dar limosna y se dirige a la casa de los pobres importados.

—Muy buenas —dice, entrando en la casa—. ¿Viven aquí los pobres menesterosos?

—Servidores —responde un viejecito sucio y harapiento, que parece el dueño de la casa.

—Pues yo soy la señora buena y caritativa, que viene a darles una limosna.

El viejecito sucio y harapiento se rasca largamente su miseria y exclama con voz lastimera:

—Lo siento bastante, pero hoy ya nos la han dado.

—«¡Strange!» —grita la señora caritativa—. ¿Podría usted enseñármela?

El repugnante viejecito, responde:

—Lo siento, pero no puedo. Está en la cocina.

La señora, al parecer bastante disgustada, pregunta:

—¿Y qué hago yo ahora?

—Vuelva usted otro día —aconseja el asqueroso viejecito.

—¡Otro día! ¡Otro día!… ¿Y de dónde quiere usted que yo saque otro día? ¿Usted cree que los días se sacan de cualquier parte?

—Se sacan de los meses —aclara el maloliente viejecito.

—¡Eso será en Europa! —grita la buena señora—. Además, vivo bastante lejos y para venir aquí tengo que tomar «taxis», metros, trenes y aviones. Usted comprenderá que para darle cinco centavos no voy a estar gastando un dineral a cada momento.

—Pues haga usted lo que quiera, señora mía —exclama el feo viejecito—, pero a mí me sale todo por un pimiento.

—¿Qué es lo que le sale por un pimiento? —pregunta la señora buena y caritativa.

—Ya le he dicho que todo, señora nuestra.

Una voz de mujer grita desde el interior de la casa:

—¡Viejecito, cierra la puerta, que hay mucha corriente!

La señora buena y caritativa, protesta:

—No, que no cierren la puerta, porque como ustedes son tan asquerosos, a lo mejor cojo una enfermedad contagiosa.

El viejecito frunce el ceño como si fuera una cremallera y grita a la mujer que habla desde el interior de la casa:

—¡Francis, esconde las enfermedades contagiosas, que esta señorona quiere llevarse una!

—¡No faltaba más! —aúlla la voz de antes—. ¡Que vengan a quitarnos las enfermedades contagiosas, que es nuestro único patrimonio!

—Les aseguro, pobres míos —afirma la señora buena y caritativa—, que no tengo el menor interés en quitárselas.

La voz de Francis se deja oír nuevamente:

—¡Eso dicen todas las señoras buenas y caritativas que vienen a vernos, y en cuanto nos descuidamos se llevan una tifoidea! Lo mejor es que eches a esa señorona al «street».

La señora buena y caritativa frunce también el ceno, pues también tiene uno, y derrama una lágrima como dos lágrimas.

—Pero ¿me van ustedes a echar al arroyo sin dejar que les dé ni una mala limosna?

El apestoso viejecito vocifera malhumorado:

—¿Pero, usted se ha creído que nosotros vamos a estar a disposición de las señoras buenas y caritativas cuando a ellas se les antoje? Si quiere usted dar limosnas a estas horas, busque usted a unos primos que se las admitan.

La señora insiste todavía:

—Si no me permiten que les dé cinco centavos, les doy un «dollar».

El putrefacto viejecito protesta:

—Es inútil. Ya le he dicho que si quiere dar limosna a estas horas, busque unos primos.

La señora parece ver el cielo abierto:

—Si me dan ustedes la dirección de unos primos, les dejo tranquilos.

El arrugado viejecito parece ver también el cielo abierto:

—¡Francis!, trae el libro de direcciones de primos.

Francis aparece con un libro hecho de trapos viejos, que el maloliente viejecito ojea.

—Aquí está. ¡Primos! 1725 Albert City. —Y señala con un pedazo de pan duro la dirección aludida que pasa por allí en aquel momento.

—¡Pues anda que sí! —exclama la señora, que hacía muchos años que no decía «pues anda que sí», y que ya tenía muchas ganas de decirlo—. ¡Sea usted buena y caritativa para eso!

—¿Para qué? —pregunta, intrigado, el inmundo viejecito.

—¡Para esto! —repite la buena y caritativa señora.

—¡Pero, enséñeme lo que es esto! —grita el enmohecido y roñoso mendigo.

—Pues esto es esto. «¡Strange!» —grita fuera de sí la señora buena y caritativa. Y después de haber enseñado esto, sale en busca de los primos a quienes socorrer.

CAPÍTULO XVI

CAMINO DE HOLLYWOOD

Al acabar el plazo que me había impuesto para no ver Nueva York, me dirigí al aeropuerto de La Guardia. Como en América todo es más importante que en Europa, así como en algunos países europeos —como España— hay abrecoches, en Nueva York hay abreaviones. En cuanto llegué a las cercanías de La Guardia, vino hacia mí corriendo un jovenzuelo.

—¡Señorito!, ¿quiere usted un avión?

—Sí, tráeme uno, pero procura que sea de los de fácil entrada.

El muchacho salió corriendo, y a los pocos minutos volvió subido en el estribo de un majestuoso «Constellation». Le di un cuarto de «dollar» y subí

en el aparato.

—A Hollywood —dije al piloto que había vuelto la cabeza. Pero éste respondió fríamente:

—Lo siento, pero voy a encerrar.

—¿Y dónde encierra usted? —pregunté al rubio piloto.

—En Florida.

—Está bien —dije yo—. Iré a Florida y allí ya encontraré a alguien que me lleve a Los Angeles.

CAPÍTULO XVII

HOLLYWOOD

Creo, querido lector, que te habrá bastado el título de este capítulo para preguntar: «¿Cómo es el cine en Hollywood?». Pues bien, lector querido, voy a satisfacer tu curiosidad.

Para hacer una película, el primer elemento necesario, y que podríamos llamar materia prima, es la materia prima. La materia prima es una sustancia que se extrae de la celulosa, y es por esta razón por lo que recibe ese nombre.

Una vez en posesión de la materia prima, se procede a la preparación del guión o escenario, llamado también materia no prima, el cual suele extraerse de una historia del Oeste que sabe la abuela de la productora.

El guión primitivo se descompone entonces en planos sucesivos o materias primas sucesivas, como quieran ustedes llamarle, teniendo buen cuidado que entre cuatro o cinco planos de éstos haya uno grande para que se le vean bien los granos y las espinillas a los actores. Lo más importante, y lo que más hay que cuidar, aparte de los granos y de las espinillas de los actores, es el sonido. Y en el sonido, el ruido de los pasos, pues en el cine todos los pasos parecen de caballo en cuanto nos descuidamos lo más mínimo. Una vez hecho todo esto, y después de haberse tomado un café con leche con pan, puede procederse a la confección del guión definitivo, que viene a ser algo así:

Primero, marca de la casa productora. Segundo, presenta. Tercero, nombre de la «estrella» o, en caso de ausencia de ésta, nombre de alguien de su familia que la represente. Cuarto, nombre del «estrello». Quinto, nombre de los demás actores y de sus familias. Sexto, más nombres de actores y

personas que les acompañen. Séptimo, más nombres de actores. Octavo, más. Noveno, nombre del autor del asunto. Décimo, nombre del autor del sitio de donde sacó el asunto el autor. Once, nombre de la tía del autor del asunto. Doce, nombre de la tía del autor del guión. Trece, nombre del operador. Catorce, nombre del segundo operador. Quince, cédula personal del segundo operador. Dieciséis, nombre de Pepe. Diecisiete, nombre del decorador. Dieciocho, nombre del cartero. Diecinueve, teléfono de Purita. Veinte, nombre del director. Veintiuno, marca del sonido…

A estos planos seguirán otros con los nombres de las diferentes personas que han intervenido en la realización de la película, que seguramente llegarán a tres mil cuatrocientos dieciocho. Después, si da tiempo, puede aparecer una vista panorámica de un caballo y un pedazo de «cowboy», y si a esto le añadimos una cancioncita el éxito puede ser definitivo.

El lector, profano en la materia, pensará al leer estas líneas que hacer una película es la cosa más sencilla del mundo. Pues bien; nada de eso. Para conseguir hacer una película como la que aquí indicamos hay que disponer de mucho tiempo y de mucha energía. He aquí los deberes de un buen director:

Primero. Convencer a la «estrella» de que, como representa el papel de una granjera pobre, no puede aparecer en la película todo el tiempo en traje de noche o con sombreros de plumas.

Segundo. Habrá que hacerle comprender al primer galán que no es necesario que ponga su cabeza siempre delante de la cámara tapando el agujero, pues aunque esto ahorraría decorados, es bastante conveniente que, de cuando en cuando, se vea algo de la película.

Tercero. Al decorador habrá que explicarle que todos los personajes que trabajan son imprescindibles, pues él opinará que no debe trabajar tanta gente, porque tapan las puertas y el bargueño.

Cuarto. Al fotógrafo habrá que disuadirle de su idea de fotografiar todo desde arriba, como si fuera un pájaro, pues aunque esto sea un procedimiento artísticamente perfecto, conviene que a los actores se les vea la cara alguna vez, ya que el público no vería con mucho agrado una película donde no hubiera más que pelos.

Quinto. Con el ingeniero de sonido habrá que sostener verdaderas batallas y prohibirle terminantemente que coloque siempre el micrófono colgado de su jirafa en primer plano, pues al público le parecería estar viendo siempre una película de fieras y, además, pensaría que el micrófono era el que se iba a casar al final con la protagonista.

Sexto. Hacer ver al encargado de la claqueta que, una vez enseñada su carraca y cantado el número, debe salir de la escena inmediatamente, pues su intención constante es la de quedarse en el cuadro para siempre.

Además de todas estas luchas y otras que hay que sostener, es necesario saber decir «platoan», «travelling», «fundido encadenado», «corte» y «¡hallo, Felipe!».

Ahora, una vez en posesión de todos estos conocimientos, puede usted lanzarse a hacer una película o un retrato para pasaporte.

CAPÍTULO XVIII

LA PRODUCCIÓN

La producción cinematográfica amenaza derrumbarse si no se encuentra el medio de atajar el mal que la corroe. Yo, dentro de mi modestia, encontré un medio rápido y eficaz para solucionar este grave problema, que propuse, a mi llegada a la Meca del cine.

El motivo de que la producción amenace esas cosas que amenaza, no es otro que el excesivo coste de las películas en la actualidad; pues bien: rebajemos los sueldos hasta el mínimo y la producción podrá seguir su camino alegre y pizpireta.

Al actor que desempeña el papel de protagonista en una película, se le debe pagar exactamente cinco centavos. Ni un centavo más ni un centavo menos. Al argumentista se le podrían pagar otros cinco centavos, y otros cinco centavos a los elementos técnicos. Por tanto, y teniendo en cuenta que en una película intervienen aproximadamente unos treinta actores, un director, un argumentista y unos veinte elementos técnicos, cada película costaría exactamente dos dólares con setenta centavos, y si a esta cantidad le añadimos quince centavos para gastos de tranvía, la cifra definitiva, en números redondos, sería la de dos dólares con ochenta y cinco centavos.

Ya es hora de que se termine con ese despilfarro de los productores americanos. Nosotros, los ingleses, no podemos seguir por ese camino, porque ni somos americanos, ni somos productores, ni somos despilfarros.

No dudamos que algunos actores de primera categoría deben tener un gran dominio del gesto y dar a entender, mediante su mímica, que tienen hambre, que tienen sed, que tienen sueño y que tienen un tío en Cincinatti. También

necesitan saber decir «buenas noches», «hasta mañana si Dios quiere», «Varsovia» y «¡oh!». Pero a estos actores de primerísima categoría se les podría dar hasta diez centavos si fuera preciso, con lo cual el coste definitivo de una película se elevaría a la cantidad de tres dólares con cinco centavos.

Compare el lector la notable diferencia que existe entre la cantidad de dos millones de dólares, que es lo que suele costar una película en la actualidad, con la cifra de tres dólares con cinco centavos, y comprobará que existe un ahorro de un millón novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y seis dolares con noventa y cinco centavos, que no nos negarán ustedes es una cantidad de consideración y digna del mayor respeto.

Claro está, se nos dirá, que con la cantidad de cinco centavos por película, ni los actores, ni los técnicos, pueden vivir, pero ¿quién ha dicho que los actores y los técnicos tengan necesidad de vivir? Y, si no tienen necesidad de vivir, ¿qué otro gasto pueden tener? ¿Ir al cine? Van gratis. ¿Tener un coche?… Pues bien; que tengan un coche, pero un coche de cinco centavos. ¿Una casa?… También pueden tener una casa de cinco centavos, ¿quién se lo va a impedir?…

En fin, el caso es que esto, que yo propuse, estaba bastante bien, pero a pesar de ello los productores americanos no quisieron oír mi plan.

CAPÍTULO XIX

MI PRIMERA AVENTURA EN HOLLYWOOD

El lector seguramente se preguntará: «¿Pero es que este señor no tiene ninguna aventura que contarnos?». «Pues, sí señor —respondo yo—, también tengo alguna aventura que contarles y hela aquí»:

Al día siguiente de mi llegada a Los Angeles conocí en un «drog stor» de Sunset-Boulevard, a Miss Ketty. Miss Ketty era, como su nombre indica, una bella muchacha rubia.

—¿Es usted de aquí?

—No, ¿y usted?

—Yo tampoco soy de aquí.

—Entonces, ¡somos paisanos!

Este fué el principio de nuestro amor. Quedamos citados para el día siguiente y, al día siguiente, la esperé. Sabía que vendría, porque se lo había

preguntado: «Ketty, ¿va usted a venir?», le había dicho.

Y ella había respondido sencillamente: «Sí; voy a venir».

Yo había arreglado la salita minuciosamente para que ella no echara nada de menos. Sólidas sillas, repartidas por doquier, esperaban el momento en que Ketty se sentara en alguna de ellas. Encima de una elegante mesita reposaba un número de «Los Angeles Examiner», por si quería envolver algo, y una tijeras, por si Ketty quería cortarse alguna uña. Junto a la pared había una bicicleta, por si Ketty tenía que volver precipitadamente a su casa; en un cajón de un «secreter» reposaba un sabroso «hot dog» (perrito caliente), por si Ketty quería comer eso.

Cuando sonó el timbre de la puerta sentí dentro de mi corazón el timbre, como si el timbre estuviera dentro de mi corazón. Embargado por la inquietud y por otras Cosas me dirigí a la puerta y abrí. Era un pobre que venía a pedir gasolina para su coche, pues en Hollywood los pobres cuando no piden gasolina piden gasoil.

No hice más que ver al pobre y comprendí rápidamente que no era ella, ya que el pobre era mucho más alto y tenía más bigote. Además era pobre.

Del mal humor, pregunté al pobre qué era lo que quería, y el pobre respondió que venía a pedir gasolina. Yo pregunté que para qué quería la gasolina y él respondió que para tener gasolina. Entonces lo comprendí todo y le dije que otra vez sería.

Volví a la salita y esperé. El timbre de la puerta sonó nuevamente, y nuevamente sentí en mi corazón aquello que sentía en mi corazón cada vez que sonaba el timbre. Con paso vacilante por la emoción, dirigirme a la puerta y abrí. Tampoco era Ketty. Era un vendedor de cepillos… Enfurecido, le dije al visitante que aquellas no eran horas de vender cepillos, pero el visitante aseguró que no existen horas especiales para vender cepillos, y que, por lo tanto, él podía vender cepillos en cualquier momento, siempre que tuviera cepillos. Entonces, traté de explicar al buen hombre que aquel no era un momento cualquiera, pero como los vendedores de cepillos no entienden de amor, porque las mujeres se pinchan al acercarse a ellos, no tuve más remedio que comprarle una docena de cepillos para que se fuera lo antes posible.

Después volví a la salita y esperé con el corazón palpitante. El timbre de la puerta volvió a sonar por tercera vez, y volví a sentir dentro de mi corazón aquello que ya empezaba a cansarme. Fui a abrir. Esta vez no era ni el pobre, ni el vendedor de cepillos, ni un pastor con sus ovejas, ni un «cowboy» con su vaca. Era Ketty. Ketty, más bella que nunca y más elegante que nunca.

Nos sentamos en sendas sillas, y yo comencé a disertar sobre el amor. Dije que, desde que la había conocido, sentía dentro de mi cuerpo como un fuego que me abrasaba poco a poco y un timbre que me sonaba de cuando en cuando.

Ketty dijo que eso no debía ser bueno y que debía dejarme reconocer por un médico o por un electricista. Después yo aseguré que ella era la única mujer que me importaba en la vida y para demostrárselo me asomé al balcón y tiré todos los tiestos que encontré a mano sobre las otras mujeres que pasaban por la calle.

Más tarde, también le dije que por ella era capaz de todo, y uniendo la acción a la palabra, arreglé las llaves de la luz eléctrica, el grifo del baño y el depósito de la nevera. Y, por si esto no fuera bastante, levanté y sostuve con una sola mano la máquina de hacer «spaguetis».

La tarde tocaba a su fin. El sol había desaparecido detrás de las casas y el cielo había empezado a teñirse de ese color violáceo de que se tiñen los cielos cuando empiezan las tardes a tocar a su fin.

Yo, cansado de hacer tanta cosa, me quedé dormido, y Ketty aprovechó este momento de tranquilidad para comerse él perrito caliente que había en el secreter.

¡Oh, amor, amor!…

CAPÍTULO XX

LA INNOVACIÓN DEL PROFESOR ANDELIUS

Pocos días después asistí a una conferencia con Ketty.

—No creas que es una conferencia como todas —dijo mi amada—. Es una innovación del profesor Andelius.

El público que asiste a las conferencias empezaba a aburrirse y a desinteresarse por estas conferencias, abandonando poco a poco los centros de cultura y dedicándose a comer chicle. Era necesario abrir nuevos horizontes al cerebro humano, para que éste prestara atención a los hondos problemas de la cultura, de la ciencia y de las artes sintéticas, y abandonara el chicle…

«¡Renovación! ¡Renovación!»: he aquí las palabras del culto profesor Andelius. Decano del Centro de Estudios Profundos de la Universidad de

Kansas, el cual, fiel a este lema, había publicado en toda la Prensa el siguiente anuncio:

«Mañana, día de tantos de tantos, a las siete de la tarde, el profesor Andelius disertará sobre la "Intolerancia del bicarbonato en algunos insectos secundarios". Le acompañará al piano la eximia pianista Miss Dolly Beekman».

El público había acogido esta noticia con alegría y alborozo. El público estaba ya harto de asistir a conferencias y más conferencias, sin más aliciente que el de comparar las calvas de los conferenciantes con las calvas de los asistentes. El público sabía ya más de calvas que nadie. Por esta razón, una conferencia científica, con acompañamiento de piano, no tenía más remedio que ser un éxito. Solamente faltaba en esta organización un pequeño detalle: Miss Dolly Beekman no era más que eximia. Generalmente casi todas las «misses» eximias suelen ser bastante feas. El público hubiera preferido que en vez de acompañar al culto profesor una «miss» eximia le hubiera acompañado una bella «miss», una sugestiva «miss», o una estupenda «miss».

Pero, de todas maneras, el público acudió a la anunciada conferencia.

El profesor Andelius y Miss Dolly se presentaron ante el auditorio. Una prolongada ovación les acogió. El de la calva era el profesor. Miss Dolly apenas disponía de un pequeño bigote.

Mientras empezaba la conferencia, acaso en otros lugares del mundo miles de profesores que habían malgastado su vida en el estudio de las costumbres del camello antes del invento de los coches-oruga, o en el estudio de las diferentes aleaciones del bacalao sintético, coronaban por fin su sueño dorado dando una conferencia. Pero, claro está, una conferencia sin acompañamiento de piano. ¡Error manifiesto! Nadie los escucharía ya. Las ciudades, distraídas por mil y mil ocupaciones, pasarían indiferentes ante las puertas de las aulas de cultura. Algún que otro desocupado, algún pariente del conferenciante, y acaso Frank, el ordenanza del local, estarían presentes en la conferencia: pero no escucharían. Su pensamiento volaría hacía lejanos países, de colinas doradas y mares azules. Mas ¿qué importa esto al conferenciante? Él hablará y hablará para sí mismo. El camello tomará forma y consistencia, y se paseará majestuosamente por el aula, saludando a las señoras y sonriendo a los caballeros. ¿Qué importa que nadie vea a aquel camello? La ciudad estará dominada por mil pensamientos, y si le preguntasen: «¿Qué opina usted del camello, querida ciudad?», ella respondería indiferente: «¡Qué me importan a mí los camellos!». Pero al conferenciante sí le importan los camellos, y seguirá hablando y hablando…

El profesor Andelius empezó a hablar. Al decir insectos secundarios, los dedos de Miss Dolly apretaron las teclas agudas del piano. ¡Qué bello conjunto!: «Insectos secundarios. Triquitín, triquitín, triquitín…». Ahora habla del bicarbonato. Las manos de Miss Dolly aprietan una nota que suena francamente a bicarbonato: «tamm…». ¡Qué delicia, señores míos!

El profesor Andelius sigue hablando, mientras la eximia aprieta teclas y más teclas. Sus manos son blancas y alargadas (las de Miss Dolly): manos de pianista. Mucha gente se lo ha dicho al saber que era pianista.

—Tiene usted manos de pianista…

Es posible que algún lector que esté leyendo todo esto piense que es mentira. Está en lo cierto. Todo esto es mentira. Pero ¿por qué es mentira? Poca gente asiste a los conciertos de las eximias «misses», y menos gente asiste a las disertaciones de algunos conferenciantes. ¿Por qué no reunir entonces estos dos elementos? Se unirían dos públicos y, ante esos dos públicos, el profesor y la eximia realizarían sus dos máximas aspiraciones. Y hasta, ¡quién sabe!, podrían acabar casándose.

CAPÍTULO XXI

EL CEREBRO HUMANO DOMINADO POR EL CEREBRO HUMANO

Como mi novia Ketty es una erudita de tomo y lomo y se interesa mucho por la ciencia, una mañana que nos encontrábamos tumbados al sol en la playa de Santa Mónica, me contó esto:

—Parece ser que el profesor Poch ha dado con la manera de expresar gráficamente el funcionamiento del cerebro humano, más conocido vulgarmente con el nombre de cabeza.

Yo la miré tiernamente y ella continuó:

—Al parecer, la mayoría de los sabios del siglo XVII, aunque sin tener pruebas, suponían que las manifestaciones nerviosas eran formas biológicas de fenómenos eléctricos, iluminando con nuevas luces la teoría de la semejanza de las ondas nerviosas con las ondas eléctricas, y de la corriente nerviosa con la eléctrica, y viceversa. Pero la mayoría de los sabios del siglo XVII tuvieron que abandonar sus estudios sobre la corriente eléctrica del cerebro humano, pues las cuentas de luz de cada final de siglo ascendían a cantidades gordas, que los pobres sabios no sabían cómo pagar…

—¡Qué rica! —pensé yo.

—El profesor Poch, por espacio de diez años, se dedicó a estudiar las manifestaciones más específicas y eléctricas del cerebro humano, instalando para ello una trampa en el cerebro humano por consejo de la «cerebra» humana, evitando con ello el excesivo consumo de luz: a continuación trató de descubrir algunos fenómenos electromagnéticos irradiantes en relación con algunas condiciones del funcionamiento cerebral.

Al llegar este momento, cogí una mano a Ketty mientras ella seguía diciendo.

—Naturalmente, no todas las actividades del cerebro humano pueden ser captadas por el aparato del profesor Poch, no. Ellas son tanto más perceptibles cuanto más intensas. Las que mejor las determinan: las emociones artísticas, los recuerdos trágicos o dramáticos, las visiones y alucinaciones psicopatológicas.

Una ola nos besó los pies. (Gracias).

—Las experiencias se realizan en el interior de una cámara totalmente aislada, en la cual se coloca el aparato, constituido por un oscilador que se ilumina con luz roja, para lo cual el sujeto experimental debe echar previamente una perra gorda. El sujeto experimental se coloca sobre un diván en absoluto estado de indiferencia psíquica, al alcance de las antenas. Al poco rato, su inactividad mental queda anulada, y comienza a pensar en Dorothy, determinando una intensa reacción psicomemorial que hace encenderse la luz roja y apagarse la luz del comedor… Los experimentos realizados hasta hoy, que creo es viernes, han dado resultados positivos, consiguiendo con ello un paso definitivo en el dominio del cerebro humano, y esperamos que después de este paso se dé otro paso y otro paso, y que estos pasos nos conduzcan al día de mañana, que creo será sábado, hasta la meta de nuestras aspiraciones o, por lo menos, hasta San Francisco…

En vista de lo científica que se me estaba poniendo Ketty y de que me había pedido que le comprara una nevera eléctrica, decidí romper con ella. La muy científica se puso como una energúmena y me amenazó con ponerme un pleito. Yo le dije que a mí los pleitos me sentaban fatal y esto logró calmar su furia. Entonces fué cuando conocí a mi amigo el inventor de inventos.

CAPÍTULO XXII

EL INVENTOR DE INVENTOS

Era un señor que se pasaba la vida Inventando inventos.

—Hoy voy a inventar un invento muy gordo —decía el inventor a su mujer para que no le hiciera ir a la oficina y para que en la oficina no le obligasen a hacer expedientes.

Si los inventores vivieran solos inventarían muchas más cosas y serían millonarios; pero como sus mujeres les hacen perder el tiempo arreglando el grifo del agua y el grifo del café, y el grifo de la plancha, y como, además, la criadas les barren por las mañanas todos los inventos, los pobres inventores no suelen tener casi nunca un invento en donde caerse muertos.

La mujer no le deja vivir y no hace más que pedirle que invente inventos.

—¿Por qué no inventas el «tripliplano»? ¿Por qué no inventas el burro frito? ¿Por qué no inventas la mosca?

El inventor entonces inventa lo que pide y la mosca, y después inventa el tranvía y se va a dar un paseo por el Bosque Petrificado:

Una vez la mujer del inventor pide que éste invente el pollo con arroz.

—¡Pero si eso ya está inventado! —grita el pobre hombre.

—Pues si ya está inventado, ¿por qué no lo traes?

El inventor comprende que ha ido demasiado lejos, y exclama:

—Es verdad, hija mía; no está inventado. Es que yo lo había confundido con el perro.

—¡Qué ganas tengo de inventar que te mueras! —suele decir el inventor a su mujer, que se llama Miss Parker, ya que él se llama Mr. Parker.

Y un día, aquel inventor inventa un agujero muy bueno, por el cual no se caen las cosas porque está tapado. Otro día inventa dos agujeros. Pero su mejor invento es una patata para pelar cuchillos. Este invento revoluciona la industria, pues todos sabemos lo malos que están los cuchillos sin pelar.

Aquel inventor se hizo rico, y su mujer, que siempre le estaba amenazando con romperle el laboratorio o dárselo al niño de la portera, se puso más contenta que usted y empezó a comprar visillos, que es lo que hacen todas las señoras en cuanto tienen dinero.

—Este laboratorio se te está quedando pequeño. Será mejor que te compres otro más grande para que puedas inventar vacas —dice Mrs. Parker a su marido—. Es mejor que te compres un laboratorio nuevo para los domingos y este lo dejas para debajo del abrigo.

El pobre inventor sigue inventando inventos, pero su mujer, que es una egoísta, le hace perder el tiempo dándole ideas para que le invente a ella

cosas.

—Lo que te pasa a ti es que eres un inconstante y, en vez de inventar siempre el mismo invento, no haces más que querer inventar inventos nuevos. Más valdría que inventaras el cocido.

Y el pobre hombre tiene que meterse en su laboratorio e inventar el cocido, el bacalao con tomate y el plátano.

Un día inventa un pretexto para pasarse un mes en Arizona, y entonces consiguió inventar la máquina más grande del mundo.

Todos los ingenieros van a verla y a subirse encima de ella para ver si es buena. Algunos dan su opinión:

—Sí, está bien; pero yo le pondría otra rueda aquí —dice uno—. A mí me gustaría más si fuera verde —dicen dos.

Un señor, que es el que más entiende de máquinas, pregunta:

—¿Y para qué sirve esta cosa?

El inventor, entonces, se enfada mucho y responde:

—¿Cómo quiere usted que sepa para lo que sirve, si la cabo de inventar?

Todos los ingenieros miran al que ha dicho aquello con desprecio, y se van a su casa a estudiar otra carrera.

CAPÍTULO XXIII

LOS NEGOCIOS

Llevaba ya varias semanas en Los Angeles y mis reservas empezaban a escasear. Entonces se me ocurrió que lo mejor era dedicarme a los negocios.

Yo sabía que los negocios consisten en comprar algo a un precio y venderlo con un beneficio. Decidido a ello, me lancé a la calle y me dediqué a preguntar a todo el mundo:

—¿Quiere usted comprar algo?

Después de varios días de preguntar esto, acabé por encontrar a un señor que pareció interesarse.

—¡Hombre, yo podría comprar alguna cosa, pero antes tengo que saber lo que es!

—¡Caballero! —exclamé ofendido—. Yo soy un hombre de negocios y lo menos que vendo es un vagón de cosas.

—¡Bueno, bueno! —dijo el señor—. No se enfade usted. Veremos lo que se puede hacer, pero creo que mi mujer se enfadará si compro un vagón. Veamos: ¿de qué puede usted venderme un vagón?

—¿Le parece bien de queso?

—¿De queso? ¿Qué quiere usted que haga yo con un vagón de queso?

—Eso no es cuenta mía, pero si prefiere usted otra cosa… ¿Qué le parecería un vagón de abrochadores?

—No sé qué decirle…

—Nada, nada… Le vendo a usted un vagón de abrochadores.

Entonces recorrí las tiendas y me di cuenta de que no había abrochadores en ningún sitio.

—Mire usted —dije al señor al día siguiente—. Los abrochadores no sirven para nada, así es que he decidido venderle un vagón de aceite de hígado de bacalao.

—Como usted quiera —dijo él, que era un pedazo de pan.

A los pocos días volví a ver a mi amigo y me eché a llorar.

—No encuentro el aceite de hígado de bacalao por ningún sitio, así es que, si a usted no le importa, le puedo vender un vagón de otra cosa.

El buen hombre sacó su pañuelo, y después de secarme las lágrimas, exclamó:

—No llore usted y tráigame un vagón de otra cosa.

—Sí, pero ¿de qué?

—Qué sé yo… de algo que empiece con «eme», por ejemplo…

—¿Mantas?

—Bueno, mantas.

—No, no… ¡mantas, no! —grité asustado.

—Pues mantas, no.

—¿Moscas?

—¡Hombres! —exclamó mi amigo—. Moscas es muy fácil…

—Es verdad —dije yo—. ¿Ve usted cómo soy muy desgraciado?

—No hay que desesperar. Acaso sea fácil encontrar un vagón de naranjas.

—¿Naranjas? —grité, echándome a llorar de nuevo—. ¿De dónde quiere usted que saque un vagón de naranjas?

Mi comprador se enterneció de tal manera que, dándome una palmadita en un hombro, exclamó:

—¡Basta de lloros! Ahora mismo voy a buscar esas naranjas.

Una semana más tarde vino a verme.

—En la puerta tiene usted un vagón de naranjas, que he traído para que me lo venda.

Bajé a la calle y examiné la mercancía.

—¿Qué porquería de naranjas son éstas?

—Lo único que he podido encontrar —dijo, enrojeciendo—. Como ahora no es la temporada…

—¿Y cómo quiere que yo le venda a un señor como usted unas naranjas como éstas?

—A mí no me parecen tan malas.

Entonces, yo grité furibundo:

—¡Pues si a usted le parecen bien, quédese con ellas!

Y, dando una patada en el suelo, me fuí con rumbo desconocido.

CAPÍTULO XXIV

LA FAMILIA RASUREL

En vista de mi fracaso como comerciante, alguien me presentó al doctor Rasurel, que acababa de instalar una gran fábrica en Culver City.

En la casa del doctor Rasurel todo era intimidad y todo era punto. El doctor nos pasó a una habitación, en donde se encontraban su esposa e hijos, y nos habló lleno de conocimiento en la materia:

—El problema de la camiseta es un problema muy arduo. Antiguamente, la gente se ponía un periódico en el pecho para preservarse de los rigores del crudo invierno y del arduo; pero este procedimiento dejó de ser económico al subir el precio de la prensa diaria y al subir el precio de los arduos. Entonces, y aprovechando que me llamaba Rasurel, decidí fabricar esta camiseta, que hoy ostento con orgullo sobre mi pecho.

—¿Qué materias emplea usted para la fabricación de este bello indumento? —pregunté yo, interesado en el negocio.

—Mis primeras camisetas las fabricaba a base de lana; pero esto molestaba mucho a los borregos y tuve que adoptar otros productos. Uno de los que más empleo en la actualidad es la pelusa.

—¿Y de dónde saca usted la pelusa? —volví a preguntar yo.

—La pelusa la saco de los bolsillos de las chaquetas. Una vez descubrí que los bolsillos de las chaquetas criaban un producto llamado pelusa;

entonces contraté miles de obreros y los doté de chaquetas. La misión de estos honrados trabajadores no es otra que la de pasearse día y noche por la fábrica con sus chaquetas puestas, de cuando en cuando sacan la pelusa de sus bolsillos y la van depositando en un recipiente llamado «pelusero». Desde este recipiente, la pelusa pasa a unos filtros, en donde una ingeniosa máquina la va separando de los cuerpos extraños, que son las migas de pan, los billetes del «elevado» y las llaves de la cómoda; y la pelusa, ya en estado de merecer, pasa a otro sitio llamado «manazas», en donde se convierte en camiseta.

—¿Le producirá a usted muchos beneficios? —le pregunto yo, cada vez más interesado en la cosa.

—No lo crean ustedes, caballeros; las camisetas, tal como se fabrican, tienen un beneficio muy limitado. Pero como luego es necesario cortarles las mangas para dejarlas con manga corta, este pedazo de manga representa una pérdida bastante sensible, que recibe el nombre de pérdida bastante sensible.

—¿Todos los modelos son iguales?

—No. Ustedes saben perfectamente, como yo, que en la ropa interior es necesario tener quita y pon: y atendiendo también a esta ardua necesidad, nosotros fabricamos un cincuenta por ciento de camisetas de «quita» y otro cincuenta por ciento de camisetas de «pon».

—¿Y se venden las dos lo mismo?

—No, señor. Se venden más las de «quita».

—¿No tiene usted nada más arduo que decirnos?

—No. Hoy ya no —exclama el doctor Rasurel.

Y, acompañándonos hasta la puerta, se despide de nosotros, no sin antes habernos quitado la pelusa de los bolsillos.

CAPÍTULO XXV

EL LADRÓN

Al salir de la casa de Mr. Rasurel, la persona que me había acompañado se despidió de mí y quedé solo. La pelusa no se apartaba de mi pensamiento y, pensando, pensando, llegué a mi casa. Entré en mi cuarto y empecé a desnudarme. En el silencio de la noche solamente se escuchaba el tic-tac del reloj con su monotonía sincrónica. Una vez que me hube puesto mi pijama me

metí en el impoluto lecho. No había hecho más que apagar la luz cuando, de pronto, me pareció oír que algo se movía debajo de la cama.

—¿Quién anda ahí? —pregunté sobresaltado.

Una voz que parecía salir de debajo de la cama y que, en realidad, salía de debajo de la cama, respondió:

—Soy un ladrón.

—Bueno, bueno… No diga usted tonterías y déjeme dormir —exclamé adoptando una postura cómoda.

El ladrón tiró con fuerza de la manta y volvió a decir:

—¡Que le digo que soy un ladrón!…

—Bueno, hombre, ¿y qué quiere usted que yo le haga? ¿Es que yo tengo la culpa de que sea usted ladrón? No faltaba más sino que, después de estar todo el día intentando ganar el pan nuestro de cada día, tuviera uno que pasarse la noche de conversación con el primero que llega.

Y volví a colocarme en una postura cómoda.

El ladrón volvió a tirar con más fuerza de la ropa de la cama, gritando:

—¡Que soy un ladrón, que soy un ladrón!…

Casi llegué a perder la paciencia.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga? ¿Usted se ha creído que yo puedo perder mis noches en aclarar si es usted ladrón o si es usted buzo? Yo necesito reposar para que descanse mi fatigado cuerpo de los rudos trabajos del día y encontrarme al día siguiente en condiciones de madrugar para ver la manera de resolver mis problemas. Y si usted no tiene nada que hacer y no tiene sueño, dedíquese a leer libros o a hacer solitarios.

Y volví a buscar una postura cómoda para dormirme. Pero de pronto, pensé que aquello de que hubiera un ladrón debajo de la cama no debía de ser una cosa normal, y encendí la luz.

—Vamos a ver: ¿por qué dice usted que es un ladrón?

—Digo que soy un ladrón porque soy un ladrón —arguyo el desconocido, asomándose entre la ropa con su pistola en la mano.

—Y si es usted un ladrón, ¿qué hace debajo de la cama? Debajo de las camas no hay nada que robar.

—Sí, pero es que yo estaba aquí esperando a que usted se durmiera.

—¡Qué tontería! Nunca he visto a nadie que para esperar a que se duerma una persona se meta debajo de una cama. Usted es un ser anormal.

—¿Yo, un ser anormal? Pues esta es la primera casa en que me lo dicen.

—Bueno, hombre. No se ponga usted así, que no he querido molestarle.

—No, si no me enfado. Pero yo creo que si vamos a seguir esta conversación, más vale que baje usted aquí.

Comprendí que aquel hombre tenía razón y me metí debajo de la cama, a su lado, y él continuó su interrumpida conversación.

—Pues sí, señor; soy un ladrón —dijo, entregándome la pistola para poder liar un cigarrillo. Después lo encendió y volvió a coger su pistola.

—Perdone usted que no dé crédito a sus palabras —dije al hombre—. Los ladrones suelen llevar un antifaz y un pañuelo rojo en el cuello, y usted no lleva nada de eso. Usted, de lo que tiene cara es de pocero.

—¿Yo pocero? —gritó indignado—. Ladrón y bien ladrón que soy. Lo que pasa es que usted no ha visto en su vida ladrones.

—Efectivamente. Yo nunca he visto ladrones, pero podemos llamar al criado, que creo que una vez vió uno, y él nos aclarará la situación.

Y, levantándome, pulsé el timbre que había junto a la mesilla de noche.

La puerta se abrió y apareció el criado a medio vestir y con ojos de sueño.

—¿Llamaba el señor?

—Dígame; ¿ha visto usted alguna vez un ladrón?

—Sí, señor: una vez vi uno.

—¿Y era como este señor?

—No, señor. Era mucho más alto.

—Está bien. Puede retirarse.

Y volviéndome al desconocido, exclamé:

—¿Ha visto usted?

Y con una sonrisa de triunfo volví a acostarme en mi cama y me sumí en un profundo sueño.

CAPÍTULO XXVI

LA ULTIMA AVENTURA

Es posible que tú, querido lector, pienses: «Todo esto que le ha ocurrido a este señor no es tan extraordinario como para constituir una novela». A lo que yo respondo: Hasta ahora todo lo que ha ocurrido no ha sido más que el preámbulo de mi gran aventura. Pero cuando ésta podía haber surgido, algo imprevisto vino a cortar el hilo de la cosa.

Fué así:

Era una tarde de primavera. Se celebraba una gran fiesta en el Roosevelt Hotel. Alegría, bullanga, regocijo, agua, sal, perros calientes y música de risas, de risas jóvenes y femeninas, que lucían el triunfo de su juventud en sus labios rojos y en sus ojos brillantes enfebrecidos de ansias de amor.

Sentados en un «vis-a-vis» del «hall» oíamos el eco de la fiesta, que llegaba hasta nosotros como podía… Ella se llamaba Corinne. Yo también. Abandonó su mano entre mis manos mirándome fijamente a los ojos. Yo, al notar otros ojos en mis ojos, me los quité de los ojos y los coloqué sobre una consola próxima.

Su antipático y sexagenario padre se oponía a nuestro sincero y sublime amor y pretendía casarla con un acaudalado fabricante de Plymouth, que pasaba por allí en aquel momento. Desde hacía algunos días yo ya no iba a patinar, ni a la batalla de flores, ni a las carreras de cintas. Y Corinne, adivinando mi inmenso dolor, fué y me dijo:

—Tienes un inmenso dolor.

—Tú también tienes un inmenso dolor.

Ella, siempre generosa, insistió:

—Sí, pero tu inmenso dolor es más grande que mi inmenso dolor.

Entonces los medimos, y resultó que mi inmenso dolor era medio metro más largo que su inmenso dolor.

Ella rió con una risa dolorosa y opaca mientras se arrancaba el barniz de una uña. Después, dijo:

—¿Serías capaz de todo por mí?

Yo respondí con voz firme y segura:

—De todo.

—¿Hasta de quitarte la vida?

—¿Qué vida?

—Esa que tienes en el cuerpo.

—¿Y quién te ha dicho que yo tengo una vida en el cuerpo?

—Yo, que la he visto.

Al oír estas palabras, mi cara se tiñó con el carmín del rubor. Ella sacó un finísimo pañuelo de hilo de Detroit y, mojándolo con la lengua, me quitó de la cara el carmín del rubor. Después volvió a preguntarme:

—¿Te quitarías la vida por mí?

—¿Por qué quieres que me quite la vida? ¿Es que no me sienta bien?

—Te está un poco pequeña.

—Es que se llevan así.

Hubo una pausa, que los dos aprovechamos para comernos una pasta. Después volvió a hablar con la misma boca con que antes se había comido la pasta:

—No podré nunca soportar que seas de otra mujer. Antes de que llegue ese momento soy capaz de todo.

Y para demostrar que era capaz de todo se puso de cabeza sobre una silla y se sostuvo durante un rato sin apoyar las manos. Luego, su cara se tiñó con la palidez de la muerte. Yo saqué también un finísimo pañuelo de hilo de Illinois y limpié la cara de mi amada, dejando mi pañuelo hecho un asco.

Ella exclamó con voz triste:

—La culpa la tenemos nosotros por vivir en estos tiempos tan duros.

Yo lo justifiqué diciendo:

—¿Y qué íbamos a hacer? En los otros tiempos no había sitio.

—Pues que hagan más blandos los tiempos —protestó ella llena de encono.

Entonces yo, al ver a mi Corinne tan llena de encono, le hice un agujero para que se le saliera, y el encono, al encontrar aquella salida inesperada, se derramó por la habitación con un glu-glu precioso.

Hubo otra pausa más larga que la otra y más gorda. Corinne sacó de pronto un pomo de veneno, que siempre llevaba en el bolsillo para estos casos, y me lo alargó, diciendo:

—Ya que no nos queda otro remedio, vamos a tomarnos este veneno.

Yo protesté con voz cariñosa:

—No, Corinne: a mí los venenos me sientan como un tiro, y me pongo muerto.

—Pero éste no es lo mismo. Éste te sentará muy bien. Yo lo tomo siempre que quiero morirme, y me va tan ricamente.

Sentí desfallecer mi voluntad, pero todavía pude sobreponerme y exclamé:

—Bueno, pues tómalo tú antes.

—No, no —dijo ella—. Usted primero.

No pude convencerla. Tuve que ceder y tomarme el veneno antes, e inmediatamente me morí.

Ella, al verme sin vida, se levantó y, cogiendo las pastas que habían quedado sobre la mesa, salió del «hall» la muy asquerosa.

Ha pasado tiempo. Ignoro cuánto: acaso sean años; acaso sean siglos; pero no he podido olvidar aquellas pastas que se llevó la muy ladrona. Lo recuerdo

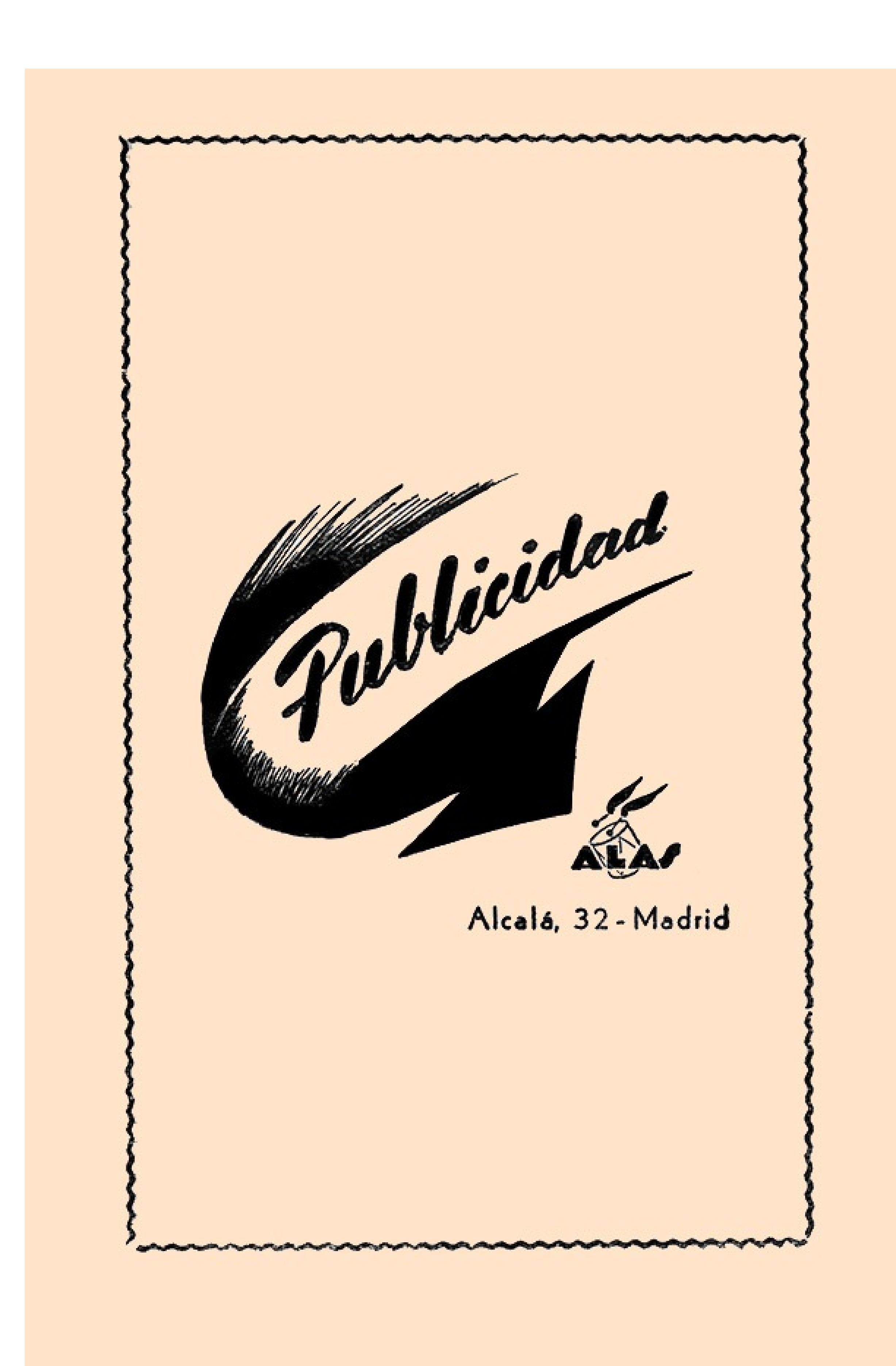
como quien vuelve a pasar los ojos por las páginas de un libro ya leído. Es el libro de mi memoria, que leo siempre que no tengo periódicos…

TONO

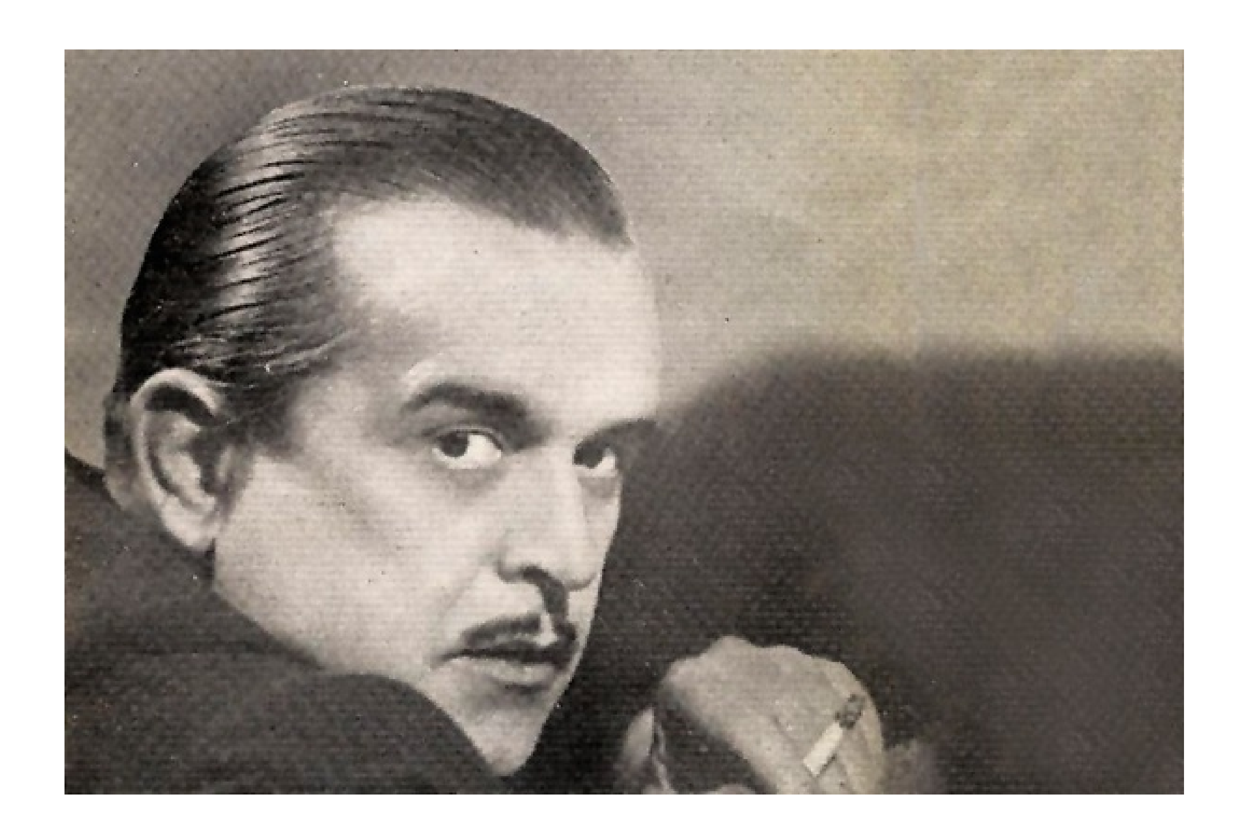
Hollywood, junio 1953.

F I N


Hoy
como
ayer
TRILYSIN
TÓNICO BIOLÓGICO PARA EL CABELLO
el público
lo prefiere.
CONTRA LA CASPA
Y LA CAIDA DEL CABELLO


Publicidad
ALAS
Alcalá, 32 - Madrid


¡REGALE UNA MOTO A SU MARIDO!
Comprando
CHLORODONT
La gran crema dental alemana
GRAN CONCURSO
REMITA al Apartado 1.209 Madrid, un estuche grande o dos medianos vacíos de la gran crema dental CHLORODONT
INDIQUE su nombre y dirección y la del establecimiento donde lo adquirió.
RECIBIRA inmediatamente un cupón para tomar parte en el gran sorteo que, el 10 de agosto de 1953, tendrá lugar ante el Notario del Ilustre Colegio de Madrid, D. Julio Albi Ajero, y optará a uno de los tres extraordinarios premios del Concurso CHLORODONT
TRES MOTOS
LA MOTO QUE ELEVARA SU NIVEL DE VIDA
No lo olvide. Pida siempre...
CHLORODONT



«TONO» Antonio Lara de Gavilán, (Jaén, 22 de septiembre de 1896 - Madrid, 4 de enero de 1978) fue un humorista, dibujante y escritor español perteneciente a la *generación del 27* o más exactamente a la llamada *otra generación del 27*.

Trabajó en diferentes revistas humorísticas: *Buen Humor, Gutiérrez, La Ametralladora, La Codorniz* y *Don José,* entre muchas otras. Se le conoce, aparte de por el humor gráfico, cuentos y viñetas, como autor teatral. Sus comedias tienen un cierto toque astracanesco, con la influencia (y tutela) de Ramón Gómez de la Serna, el ultraísmo y el surrealismo, con una fuerte tendencia a la subversión lingüística.